

LA INUNDACIÓN DE SANTA FE EN 2003: 20 RELATOS, 20 AÑOS DESPUÉS

TESTIMONIOS
DE NIÑAS Y NIÑOS



COMPILADORAS Y EDITORAS:
LARISA CUMIN Y EMILIA SPAHN

TESTIMONIOS DE:
VICTORIA MEDINA, JULIETA RÍOS, AMIRA
RICOTTI, JOEL SIDLER, DANIELA SÁNCHEZ,
JOANA CORNALÓ, CIELO SARACIO, NICOLÁS
OLIBERA, MARIÁNGELES GUERRERO, FLORENCIA
CARDOZO, JENARO PALOMBARINI, ALDANA
VIANO, LAURA VENTURINI, KAREN PAZ,
FRANCISCO NIKLISON, MARÍA EVA PLAINI,
LEONEL CHERRI, SANTIAGO RAMAYO, GEORGINA
VAGLIO Y LUIS EMILIANO MOLINARI.



**LA INUNDACIÓN
DE SANTA FE EN 2003:
20 RELATOS,
20 AÑOS DESPUÉS**



LA INUNDACIÓN DE SANTA FE EN 2003: 20 RELATOS, 20 AÑOS DESPUÉS

TESTIMONIOS DE NIÑAS Y NIÑOS

• • •

COMPILADORAS Y EDITORAS:
LARISA CUMIN Y EMILIA SPAHN

TESTIMONIOS DE:
VICTORIA MEDINA, JULIETA RÍOS,
AMIRA RICOTTI, JOEL SIDLER,
DANIELA SÁNCHEZ, JOANA CORNALÓ,
CIELO SARACIO, NICOLÁS OLIBERA,
MARIÁNGELES GUERRERO,
FLORENCIA CARDOZO,
JENARO PALOMBARINI,
ALDANA VIANO, LAURA VENTURINI,
KAREN PAZ, FRANCISCO NIKLISON,
MARÍA EVA PLAINI, LEONEL CHERRI,
SANTIAGO RAMAYO, GEORGINA VAGLIO
Y LUIS EMILIANO MOLINARI.



LOS RELATOS

•

PRÓLOGO

Este libro recupera un momento singular en la vida de veinte niñas y niños a través de sus relatos, veinte años después. Comparten entre sí un escenario y un hecho: la ciudad de Santa Fe y una gran inundación que la afectó el 29 de abril de 2003.

Esta tragedia a gran escala es parte de la historia colectiva de nuestra ciudad y atraviesa a cada una de estas narrativas personales, donde hay mucho en común y mucho de diferente. Diferencia que tiene que ver con la mirada y la experiencia de cada quien, que es algo muy hondo, particular e irreductible.

Leer estos relatos puede resultar tan doloroso como lo fue narrarlos para las personas que nos los contaron y para nosotras escucharlos mientras realizábamos las entrevistas. De cierta manera, contar es revivir, volver a pasar por el corazón cosas que nos ocurrieron. Aunque tenga sus dificultades, narrar, escuchar y leer acerca de esta situación es necesario para que quienes no la vivieron, porque aún no habían nacido o porque vivían en otro lugar, la conozcan. Para quienes la vivieron, estas páginas ofrecen la posibilidad de encontrarse en las historias de otros. De uno u otro lado, se trata de luchar para que la impunidad que marcó la causa no se apague en el olvido.

Al día de hoy, gran parte de las personas de nuestro país no saben que este hecho trágico tuvo como responsables directos a personas que ocupaban cargos políticos del Estado en ese momento,

que tenían el deber y la responsabilidad de cuidarnos y protegernos. Esta es una verdad incómoda y como tal intenta ser tapada por aquellos a quienes no les conviene que se sepa. Hacer emerger las voces de las y los inundados dos décadas después es seguir haciendo frente a ese silenciamiento.

Queremos abrazar a las personas que reflataron sus historias para que este libro sea: Victoria Medina, Julieta Ríos, Amira Ricotti, Joel Sidler, Daniela Sánchez, Joana Cornaló, Cielo Saracio, Nicolás Olibera, Mariángeles Guerrero, Florencia Cardozo, Jenaro Palombarini, Aldana Viano, Laura Venturini, Karen Paz, Francisco Niklison, María Eva Plaini, Leonel Cherri, Santiago Ramayo, Georgina Vaglio y Luis Emiliano Molinari. Ahora, personas de entre veinticuatro y treinta y tres años, entonces, niños y niñas de entre cuatro y trece años de edad.

En sus testimonios pervive la memoria tan fuerte como aquellas ollas y muebles de algarrobo que, luego de estar días bajo el agua, sobrevivieron y muchas familias inundadas siguen usando y seguirán pasándose de generación en generación como una prueba de la resistencia.

Deseamos que no haya olvido y que alguna vez, ojalá muy pronto, haya justicia y reparación simbólica.

LOS HECHOS

A finales de abril de 2003 se produjo una inundación que dejó bajo el agua a un tercio de la ciudad de Santa Fe, afectando en su mayoría, pero no solamente, a los sectores más desfavorecidos de la población.

Santa Fe es una ciudad que está rodeada de ríos, lagunas y bañados, a la que un cordón de terraplenes debe rodear para evitar posibles inundaciones. En el 2003, luego de años de sequía, las lluvias eran extraordinarias y la cota de los ríos había superado la altura esperada. Ya se habían producido abnegaciones en campos, rutas y pueblos de alrededor. En marzo, con el primer pico de la creciente, se produjo el primer socavón en el terraplén hacia el suroeste de la ciudad y luego

también comenzó a ingresar agua por el noroeste. Había quedado un tramo inconcluso en la defensa que rodeaba a la ciudad a la altura del Jockey Club, aunque la obra había sido inaugurada y dada por finalizada seis años antes. El gobernador y el intendente no gestionaron el cierre provisorio de esa parte que había quedado sin terminar, fueron tan contradictorios como negadores a la hora de brindar información a la población y un mes después, con el río ya entrando a la ciudad, tampoco dieron orden de evacuación. El 28 y, principalmente, el 29 de abril el río Salado ingresó a la ciudad con muchísima rapidez por esa brecha que se fue agrandando con la fuerza del caudal.

A la población el agua la sorprendió en sus casas, totalmente desprevenida. Las personas salieron como pudieron, con lo puesto. Se improvisaron brigadas de rescate. Muchas instituciones abrieron sus puertas para alojar a los afectados, convirtiéndose así en centros de evacuados.

Como el agua no tenía por donde escurrir, subió en cuestión de minutos. La ciudad se transformó en una inmensa pileta, con el terraplén haciendo de dique de contención. Recién el 30 de abril, con la Casa de Gobierno a punto de inundarse, se tomó la decisión de dinamitar la avenida Mar Argentino para crear una vía de escape. Aunque el agua empezó a bajar, los barrios del cordón oeste demoraron semanas en desagotar por completo y una vez que eso sucedió los pobladores debieron emprender un largo camino para tratar de recuperar mínimamente sus hogares y poder retomar sus actividades cotidianas.

A causa de la inundación 158 personas murieron, de las que el Estado solo reconoce 23. Grupos de vecinas y vecinos afectados se organizaron en la Carpa Negra y en la Marcha de las Antorchas para reclamar y solicitar respuestas al gobierno.

EL ARMADO DE ESTE LIBRO

Este libro es el resultado de un proceso que nos llevó alrededor de dos años y medio. En principio fue el impulso del deseo, sentimos la necesidad de registrar y dar a conocer las historias particulares de quienes, como nosotras, habían vivido la inundación en su infancia.

A distancia y en época de aislamiento social, llevamos adelante una investigación y salimos a buscar personas que quisieran ser entrevistadas. En esta etapa fueron imprescindibles nuestros familiares, amigos y compañeros que nos ayudaron a correr la voz.

Realizamos un guión con aquellas preguntas que queríamos hacerles a los entrevistados. Nos interesaba poder rescatar sus experiencias y saber, no solo qué les había pasado ese 29 abril de 2003, sino también cómo era su vida antes y cómo transcurrió después. Nos propusimos indagar sobre las marcas que había dejado la inundación en sus biografías, sus vínculos y sus familias.

Luego comenzamos a realizar las entrevistas a través de videollamadas y mensajes de audios. Cada encuentro con las personas entrevistadas tuvo alrededor de una hora y media de duración. Fueron sesiones intensas donde cada uno brindó su testimonio, removiendo recuerdos acerca de este hecho, pensándolo desde el presente.

Una vez realizadas las entrevistas, transcribimos y editamos los testimonios atendiendo al pasaje de la oralidad a la escritura. Decidimos privilegiar las formas del recuerdo, por lo tanto optamos por no corregir datos, fechas, medidas, ni nombres, ya que nos interesa rescatar esa verdad, la que vive en el conjunto de la memoria de cada uno. Consideramos que contar la tragedia desde el presente es habilitar un espacio para la fábula de la memoria, es resignificar el pasado y descubrir las huellas que vivir esa circunstancia durante la infancia dejó en los adultos que nos tornamos.

Los relatos fueron publicados íntegramente, durante el transcurso de abril del 2022 y abril de 2023, en la web de Periódico Pausa, en el especial Niñas y niños de la inundación que puede consultarse en la web: <https://www.pausa.com.ar/ninas-y-ninos-de-la-inundacion/>.

Para este libro tomamos los testimonios enteros y los editamos con el fin de abreviar su extensión. A continuación presentamos, entonces, una versión acotada de los relatos originales, lo que permite vislumbrar en un formato más aprehensible la pluralidad de voces, historias, edades, barrios y experiencias.

Los relatos están organizados de acuerdo a la edad de los entrevistados, de menor a mayor, y en cada uno de ellos se detalla el barrio en el que vivían, las instituciones educativas a las que asistían y los lugares donde estuvieron evacuados

Varias de las fotos que acompañan los relatos fueron rescatadas de la inundación y se evidencia en las mismas el deterioro del agua, y otras fueron tomadas con posterioridad.



TESTIMONIOS

...

VICTORIA

•••

4 AÑOS

SANTA ROSA DE LIMA



El 29 de abril de 2003 mi hermana cumplió 9 años. Así que mi mamá había estado haciendo la torta, preparando para comer, estaba muy metida en eso, porque como todavía no se venía el agua había pensado «vamos a festejarlo».

Como nuestra casa estaba de la vía para el lado del río, ya sabíamos que se venía. Mi abuelo iba todos los días caminando a pescar. Los que vivían más al borde decían «está subiendo». Eran los medios y el gobierno diciéndote «no se viene, no se va a inundar» y vos ver que sí se venía el agua. Nadie sabía por dónde, si iba a arrancar primero por un lado, por el otro. Todo era muy confuso, pero nosotros sabíamos que se venía. Quizás, si no hubiésemos estado informándonos entre los vecinos no estaríamos acá.

Mi primer recuerdo es estar en la casa de mi tío, que quedaba en Estrada y Mendoza. Vivía en lo que era un viejo baile de Santa Fe, llamado la 12 68. Estábamos con mi abuela, mis tíos, mis primos que me llevan unos diez años y mi hermana, como yo era la más chiquita de mi familia, todos trataban de cuidarme, encima en ese primer

momento no estaban mis papás. Como tenía apenas 4 años, estar en esa situación sin ellos se sentía muy trágico.

Tengo patente la escena de estar parada en el living con mi abuela, ya poniéndome el abrigo, y ver al costado cómo iba entrando el agua muy de a poquito. De ahí nos sacaron para lo que sería la pista del boliche, un lugar muy grande, y después pasamos a un tapial, a una platea. Empezó a subir el agua. Estábamos de un lado y había que pasar al otro para poder llegar a la calle. Atravesamos eso dentro de una heladera, usando la caja de barquito. Así pasamos todos. Me llevó uno de mis primos. Después de atravesar ese espacio nos quedamos esperando hasta que llegaron mis papás en una lancha.

A partir de ese momento tengo recuerdos borrosos. De estar con mi mamá, después upa de uno de mis tíos y otra vez con mi mamá ya en un camión anfibio. Era de noche, no se veía nada. Me contó mi mamá que cuando se subió otro vecino al anfibio casi se dio vuelta. Estuvimos muy cerca de caer al agua. Esa misma noche, mientras mis papás venían en la lancha, veían atrás a otras personas que iban nadando y, más atrás, el anfibio de la Prefectura, cortando todos los cables de la luz, que les pasaban por al lado. También me dijo que yo le contaba a mi abuelo que anduve en barco, que era lo que de chiquita entendía.

Nos llevaron a un centro de evacuados que quedaba por Francia y Mendoza. Toda mi familia vivía en Santa Rosa de Lima, no había nadie que viva afuera, estábamos todos en la misma, todos evacuados. Toda la gente viviendo en un galpón grande. Dormíamos en colchones, uno al lado del otro. Mi mamá estuvo con la misma ropa una semana, recién se pudo cambiar cuando le dieron algo. Esa primera semana comíamos lo que teníamos ahí, vestíamos lo que nos daban, dormíamos donde podíamos. Había más chicos, aunque a mí nunca me gustó mucho juntarme con otros niños, jugábamos con ellos.

Mi papá y mi mamá volvían todos los días a la casa a buscar cosas o abrigos para nosotras, lo que pudiesen rescatar. Iban al barrio en lancha, con algunos otros vecinos. Si había alguno que necesitaba ir lo llevaban. La gente volvía todos los días para ver cómo estaba su casa, qué pasaba.

Mi tía en ese momento tenía 15 años y estaba embarazada de unos 8 meses. Un día que mi abuela volvió para ver cómo estaba su casa ella la quiso acompañar. En el barrio no había luz ni gente. Mi tía empezó el trabajo de parto a las 8 de la noche, cuando todo estaba oscuro y sin que hubiera nadie. Mi abuela tuvo que salir a buscar un patrullero. Apenas llegaron al hospital, mi tía tuvo a mi primo. Me acuerdo que lo fui a conocer, uno de mis tíos me alzó para que lo vea en la incubadora y lo vi moviendo el dedito.

Después de pasar un tiempo en el centro de evacuados nos mudamos a una casa que pudimos alquilar por Obispo Gelabert. Era una casa amarilla, antigua, que tenía en la entrada un patiecito. Yo jugaba con la nena que vivía atrás. Al poco tiempo, una vez que bajó el agua y se volvió habitable de nuevo, volvimos a nuestra casa.

La cucheta que tuve hasta el año pasado, en la que ahora duerme uno de mis primos, había quedado bajo el agua y todavía aguanta, como si nada le hubiese pasado. La heladera también pasó la inundación y todavía anda, la tiene mi hermana. Nosotros vivimos en la misma casa, de hecho las paredes son las mismas. Te das cuenta porque están todas llenas de humedad, pero sobreviven todavía. No se tiró abajo nada ni se reconstruyó nada.

Al principio no podíamos tener clases porque el jardín al que iba también había estado tapado por el agua. Entonces empezamos a tener clases en la escuela Alem, que queda atrás del club Unión. Todos juntos, los del jardín con los chicos de la primaria y los de la secundaria. Las clases eran diferentes. La Alem es una escuela secundaria técnica, así que no tenía todos los colores que tenía el jardín, era un espacio muy aburrido. Al baño íbamos por turnos. Era muy raro tener que adaptarse también a eso. Después por suerte ya volvimos al espacio del jardín. Mi mamá me cuenta siempre que yo dejé el chupete y la mamera en la inundación porque se me perdieron. Ese fue como «mi momento» para dejarlos. Nada de llanto porque se perdieron.

JULIETA

•••

5 AÑOS
LAS LOMAS



A veces mi mamá se juntaba con la comunidad, hacían reuniones entre los Qom, pero el día de la inundación estábamos todos en casa. Lo que recuerdo es que de a poquito empezó a entrar el agua a la casa. Con mi hermano agarrábamos el escurridor y sacábamos el agua como podíamos. Yo era chiquita y mi hermano era todavía más chiquitito, habrá tenido 3 años.

Después, lo que recuerdo es que nos pusimos a cargar bolsas con arena para poner en la puerta, para que no entre el agua. Mi papá y mi mamá se encargaban de subir las cosas arriba del techo con una escalera. Las únicas poquitas cosas que hemos tenido. Cama, ropero, aparador, ropa, una heladerita.

Estábamos esperando que nos vengan a buscar. Se decía que iban a llegar los camiones de los militares, que iban a venir, pero nunca llegaban. El agua avanzaba, subía más, crecía más, entraba más a la casa. A mi mamá el agua le llegaba a la cintura. Hasta que después empezaron a aparecer los camiones. Era de tarde, tipo 4, llovía mucho y la gente se desesperaba por subir.

Mi abuelo nos fue a buscar a la casa para ayudarnos, a mí me cargó en su espalda y a mi hermano lo sacó alzado. Los vecinos también

subieron, estábamos todos. Me acuerdo que casi se queda parado el camión, porque como en Las Lomas no hay asfalto se hace mucho barro. Algunos padres tuvieron que bajarse a empujar y sacarlo. Mi papá y mi abuelo se habían quedado en la casa para cuidar que no se roben las cosas.

El camión nos trasladó a un lugar donde no llegó el agua, Piquete Las Flores creo que se llamaba. A ese lugar, donde estuvimos alojados, me acuerdo que llegaba gente a traernos ropa, alimentos no perecederos. También nos daban una vianda, a la mañana nos traían el desayuno. Jugábamos en el patio de ese espacio, todos los chicos, algunos del barrio y algunos de otros lugares.

Recuerdo la desesperación de la gente, algunas madres llorando porque tenían que dejar sus hogares, porque perdieron sus cosas. Era muy triste para mí verlo. Yo solamente lloraba. Veía que perdía mis cosas también, porque no todo se salvaba.

Estuvimos una o dos semanas sin volver. Durante todo ese tiempo no vimos ni a mi papá ni a mi abuelo, ellos dormían arriba del techo, se hicieron carpas para que no se mojaran las cosas porque llovía. Recuerdo que los militares les llevaban comida a los que se quedaban en sus casas, les llevaban agua en bidones.

Primero fue mi mamá sola a la casa. Nos dijo que no nos podía llevar porque estaba en mal estado y ella tenía que limpiarla con mi papá. Entonces nosotros estuvimos tres días más sin ir, nos quedamos con mi abuela, mis tías, mis primas.

Cuando volvimos encontramos la casa con ese color del agua verde, todo con barro, hasta las paredes por dentro, todo mojado, muchas cosas perdidas que ya no iban a servir. No había luz, había olor a pescado, a podrido. Los militares nos traían artículos de limpieza para higienizar. Alguna ropa la perdimos, los teles se nos mojaron, uno solo se salvó. Lo que era colchones ya no servía porque se mojaron, tenían muchos bichos, la ropa también. No recuerdo si hubo otras ayudas, solo sé que nos trajeron colchones y frazadas. Perdí todos mis útiles, mi cuaderno se había mojado, mi mochila. Nuestras fotos de cuando éramos bebés, eso ya no estaba en la casa. Flotaron todas las cosas.

Nadie nos ayudó. Me acuerdo que mi papá se iba con mi mamá con un carrito a pedir trabajo, a limpiar casas de otras personas. Así ganaban un poco de dinero para comprarnos para comer en el día o lo que necesitáramos.

Me acuerdo que jugábamos arriba de la cama con los colchones nuevos que nos habían regalado y con rompecabezas que nos habían dado en Piquete Las Flores, nos entreteníamos con eso. A la noche, cuando oscurecía, nos dormíamos temprano porque no había luz, mis papás prendían velas. Apenas oscurecía ya nos dormíamos. Estábamos solamente entre nosotros, no jugábamos con otros chicos porque no nos dejaban salir.

Había muchos bichos, víboras, animales muertos. La calle estaba mal. El barrio era un desastre. Había muchas cosas tiradas en la vereda que eran de los vecinos, todo con barro. Por eso mis papás no nos dejaban salir. La gente empezó a volver a sus casas, a limpiar, a juntar los bichos, a tirarlos. Todos empezaron a volver de a poco, pero no todos volvieron.

Ese año yo no volví al jardín porque también se inundó. Íbamos al que estaba en la esquina de donde vivíamos, como la mayoría de los chicos del barrio, era el único que conocían mis papás. Solamente abrió el comedor porque, cuando lo terminaron de limpiar, nos daban una viandita. No cocinaban ahí porque no estaba en condiciones, sino que traían la comida de otro lado y nos daban la vianda para que tengamos para comer. A veces era polenta con milanesa, creo que de pescado. Nos traían puré de papa con hamburguesas. También me acuerdo que comíamos guisos, de arroz, de fideos.

Al año siguiente ya me tocaba ir a primer grado. Para mí ese comienzo fue lindo, porque nos dieron útiles en la escuela. Me dieron un cuaderno, un lápiz, una cartuchera con colores, me regalaron todo eso. Me acuerdo que una señora me regaló un par de zapatillas. Porque yo me había quedado sin y usaba unas cholitas.

No volvimos a inundarnos en otra ocasión. Esa inundación para mí fue única. Sigue doliendo hasta el día de hoy, porque la verdad es que no la pasamos bien. No puedo asociarla a nada más. Es algo que quedó y sigue doliendo, es dolor y tristeza.

AMIRA

• • •

7 AÑOS

SAN LORENZO



Toda la vida viví en barrio San Lorenzo. La casa que alquilábamos estaba cerquita de la escuela Pascual Echagüe. Yo era la más grande y estudiaba en la Mariano Quiroga que queda en Centenario. Mi hermana, que tenía unos 5 años, iba al jardín, en el mismo lugar. Tenía otro hermano más chico. Mi mamá trabajaba de ama de casa y mi papá, en la construcción.

Me acuerdo, sobre todo, del clima, con esa lloviznita constante. Era terrible, un frío tremendo, yo no sé si alguna vez volví a sentir el mismo frío que tuve ese día.

Ese 29 de abril nos levantamos temprano y ya habían cortado la luz. Mi viejo tenía una pequeña radio a pila. Escuchábamos a un periodista que entrevistaba a la gente para que contara la situación. Los vecinos iban y venían para informarse.

Era media mañana cuando mi viejo empezó a subir las cosas a una mesa. Para el mediodía nos fuimos, con mi mamá y mis hermanos, a la escuela Pascual Echagüe, a donde llegaba gente sin parar. A partir de ahí perdimos contacto con mis abuelos que también vivían en el barrio y con mi papá que se había quedado en la casa para

cuidarla y seguir levantando cosas. Pensaba que iba a haber poca agua, todo el mundo decía eso.

Durante ese día, como no había luz en la ciudad, se escuchaba la radio. Los pocos que tenían teléfono fijo en ese momento llamaban a la radio para ver dónde estaban sus familiares, si se sabía algo. La desesperación de la gente se notaba también en los locutores.

Estábamos en el aula de la escuela. Ya era la tardecita. Además de nosotros, había otras dos familias. Una mamá con sus chiquitos y una vecina de esa señora, que se fueron juntas. Faltaban sus esposos. En un momento llegó uno, con una cara indescriptible. Creo que nunca en mi vida he visto una cara de tanto terror, desencajada, no sé cómo contarle. La mujer le preguntó qué había pasado y la otra señora le preguntó por el marido. Él hizo una cara que no puedo explicar, como diciendo que se había quedado en la casa o que se ahogó, hizo una mueca de negación y dijo «el agua» nomás. Sin palabras casi. Me acuerdo del estado de desesperación de la señora, de los chiquitos que eran como yo en ese momento y de la desesperación de mi mamá, sabiendo que mi viejo estaba en la casa. A todo eso, muchos años después, mi papá nos contó que casi se murió ahogado porque se le trabó la puerta con el agua y le costó salir. Dijo que el agua iba subiendo hasta que, de un momento a otro, se dio cuenta de que la tenía al cuello. Salió por milagro y cuando llegó a la esquina, que era más alta, el agua apenas le llegaba a los tobillos. De ahí nos fue a buscar a la escuela.

En esa escuela nos quedamos hasta la noche. Empezó a hacer mucho frío. Me acuerdo de haber salido a la vereda y que parecía de película, porque se veía que venía el agua. Las bocas de tormenta parecían una catarata, brotaba el agua con fuerza, de todos lados, hasta del piso.

En la escuela estaba toda la gente comiendo cuando empezó a brotar el agua ahí también. La directora decía «no, por favor, no se vayan, señoras, señores, no se vayan», mientras la gente corría desesperada porque se venía el agua de verdad. Cuando salimos, en la esquina había parado un colectivo que estaba sacando a la gente. Mi

viejo me tenía a mí y a mi hermana. Mi mamá tenía a mi hermanita que era chiquitita. Y una señora se había acercado a mi mamá para ayudarla, «deje, señora, que yo le llevo a su nene». Me acuerdo que nos subimos al colectivo y que estuve abrazada al tubo de metal, teniendo a mi hermana de la mano con fuerza, con mucho miedo de que se me perdiera. Fuimos hasta el gimnasio de la Universidad Tecnológica Nacional, que en ese momento era un galpón muy abierto.

Todo el tiempo la gente estaba trayéndote abrigo, cosas calientes para tomar. Hacía muchísimo frío, entraba viento por todos lados. Teníamos miedo de perdernos. Así que me pegaba a mi mamá, la agarraba a mi hermana y lo agarraba a mi hermano, para no perderlos. Era esa desesperación. Después de esos dos días, nos fuimos a la casa de mi otra abuela, que vivía en barrio Las Flores II. Al norte no llegó el agua, o sea, llegó porque estaba mojada la calle, pero no dentro de la casa.

A mi abuela y a mi tía también las llevaron a la Tecnológica, pero nos desencontramos. Nosotros nos quedamos dos días, ellas se quedaron más. Había tanta gente que uno no encontraba a los familiares, no había celulares.

Nos quedamos como dos o tres meses en la casa de mis abuelos. Cuando bajó el agua, cuando hicieron toda la cuestión de desagotar la ciudad, mi viejo volvió a la casa. Tenía que empezar a limpiar. Era un caos el barrio. Recién entonces mi viejo se acercó a la casa de mis otros abuelos para ver si estaban allá.

Cuando volvimos a nuestra casa, mi mamá tuvo que seguir limpiando con mi papá. Para una nena de 7 años llegar a su casa y ver todas las cosas en la vereda es duro. Me acuerdo que en la navidad anterior nos habían regalado, a mi hermana y a mí, unas muñecas peponas, de esas que venían con el cuerpo de trapo y una cabeza grandota con el pelo de lana. Eran nuevas las muñecas, estábamos enloquecidas. Me acuerdo de llegar a la casa y ver todo eso tirado en la vereda lleno de barro podrido. Hubo que tirar todo.

Era insoportable el olor. Todo estaba húmedo, las paredes, el piso. Incluso después de que había empezado a mejorar el clima

y se podía abrir y dejar que dé un poco de sol en la casa. Creo que solamente las personas que volvimos a los barrios después de la inundación sabemos lo que es ese olor, porque es un olor particular, porque es el olor al barro podrido pero también es el olor a la desesperación y a la tristeza.

Me acuerdo de ver a mi vieja tirar cajas y cajas de recuerdos, fotos de nosotros cuando éramos chiquitos o de su casamiento porque se echaron a perder. En Santa Fe vos te das cuenta que una casa no se inundó porque tiene ese tipo de recuerdos. Las personas que nos inundamos no tenemos ese tipo de recuerdos, porque se llevó todo el agua.

A pesar de todo, pudimos rescatar un par de cosas. Mi mamá, cuando se estaba por casar, había comprado unos muebles de algarrobo. Así que le dijo a mi papá «no los vas a tirar, te mato, los lijamos, les sacamos el barro y los pintamos nuevamente». Se recuperó la cama, a la que se le había quebrado el elástico porque el agua le tumbó una biblioteca encima, y también las ollas Essen. Mi papá casi comete el crimen de tirarlas, pero mi mamá le dijo «¡no!». Les hizo un tratamiento, las lavó doscientas veces y todavía existen.

Tuvimos que volver a la escuela y eso también era volver a empezar. La maestra nos preguntaba «cómo estás, cómo está tu familia, dónde estuviste, cuándo, qué pasó». En mi escuela había mucha gente de los barrios de alrededor, de Centenario, Chalet, Varadero, todos barrios que se inundaron. Hubo muchos chicos que hasta habían perdido familiares. La escuela en ese momento actuó de gran contención para los pibes. Estábamos todos traumatados, de haber visto perder todo.

Me acuerdo de ver mi libreta y que decía sin calificación. Yo era re comelibros en la escuela y me había puesto mal porque la señorita no me había puesto nota. Después nos explicó «no, chicos, esto fue durante el periodo de la inundación, no tuvimos nota porque no tuvimos clases». Hasta eso era volver a empezar. Me imagino, en ese momento, lo que era para los docentes volver a retomar un montón de cosas, en la contención, en los contenidos, en lo pedagógico.

En el 2007 nos volvimos a inundar cuando hubo una gran lluvia en Santa Fe. No llegó a ser como la inundación anterior, pero se anega-

ron las calles. Para ese año yo ya vivía donde antes vivían mis abuelos y esa parte del barrio es re baja. Tuvimos que irnos de la casa porque se llenó de agua. No tanto como en el 2003, pero era mucha agua.

En algún momento participé de las marchas de los inundados, pero como me causaba mucha angustia después dejé de ir. Teníamos 7 años y éramos niños víctimas de un Estado ausente que nunca se hizo cargo, que todavía está impune. Todavía hay un montón de cuestiones a resolver.



JOEL

•••

9 AÑOS

BARRANQUITAS OESTE



A la mañana siempre estábamos en casa porque mi hermana y yo íbamos a la escuela Fátima a la tarde. Ese 29 de abril fuimos hasta la esquina entre La Paz y Bolivia para mirar al oeste, a ver si venía el agua. Había camiones repartiendo arena y ladrillos, vecinos moviéndose de un lado a otro, sacando cosas de sus casas. Había uno que intentaba tranquilizar a los demás diciendo que no iba a llegar el agua, que a esa zona nunca había llegado en las inundaciones previas, que si llegaba hasta ahí era porque toda Santa Fe iba a estar tapada.

Se cortó la luz temprano, por la mañana, lo único que andaba era una radio a pila. Ahí contaban cuando se inundaba una zona, cuando el agua llegaba a otra. Mi vieja siempre escuchaba la radio y venía siguiendo todo.

Ese mediodía ni siquiera nos preparamos para ir a la escuela, mi vieja no nos preparó el uniforme. Tengo muy grabado verla cocinando unas costeletas a la plancha, recuerdo el olor. En casa teníamos un segundo piso donde solamente había un lavadero muy chiquito. Habíamos subido algunas cosas ahí y comimos en ese espacio, sobre la tabla de planchar.

Intentamos levantar algunos muebles y objetos, unos 50 cm. Mi tío había hecho una defensa en la puerta de casa con ladrillos y arena, también de unos 50 cm. Fue totalmente inútil. A la casa terminó entrando 1.30 m de agua, más o menos la altura que yo tenía a esa edad.

A mi viejo, que trabajaba en una concesionaria de autos, el jefe le prestó un departamentito que tenía el negocio y que nos quedaba cerca. Le dijo que llevemos lo que podíamos ahí y al final nosotros fuimos a vivir a ese lugar. Estuvimos llevando cosas hasta último momento. Cuando entró el agua a casa, todavía seguíamos sacándolas y llevándolas hasta la avenida López y Planes, a donde el agua no llegó. Era apenas una cuadra. Así que pasamos ese rato saliendo con cosas sobre la cabeza para llevarlas hasta allá.

El peor recuerdo, el más traumático que tengo de toda mi vida, está relacionado con ese momento en que el agua había llegado y estaba subiendo, alcanzando la altura del tapial que había construido mi tío en la puerta. Ya era de noche, no había luz, fui a abrir la puerta para sacar algo y al abrirla se derrumbó esa defensa y entró, de repente, toda el agua.

En un momento cerramos la casa como se pudo y salimos directamente hacia el departamento, mi mamá y yo, con mi perrita que iba nadando al lado nuestro. No fuimos directo por calle Bolivia, salimos por otra parte, para evitar las bocacalles, que podían ser un peligro. Eran solo unas cuadras y fue terrible. Todo oscuro, el agua a la cintura, las sillas en la cabeza.

Nos quedamos los cuatro viviendo en ese departamento algunos meses, hasta que pudimos arreglar la casa. La estancia ahí fue muy divertida para mí. Yo seguía siendo un chico, seguía jugando. Tenía un amigo que vivía a la vuelta de ese lugar, que estaba todo el tiempo conmigo. Fue una gran compañía, todavía al día de hoy somos amigos. El departamento tenía muchas cosas de la concesionaria. Con las telas que se usaban para cubrir los autos hacíamos castillos. Había fotos, gigantografías, manuales, todo sobre autos. Mil cosas para jugar, para leer, para mirar. Lo pude sobrellevar, a pesar de tener la casa inundada a unas tres cuadras.

Cuando volvieron las clases, todavía seguíamos viviendo en ese departamento prestado. Varios de mis compañeros se habían inundado. La escuela fue centro de evacuados, tuvo un rol muy importante en asistir al barrio. Todas mis maestras habían laburado un montón ayudando a los afectados, incluso se habían inundado ellas también. Así que el tema de conversación durante todo el año escolar giró en torno a la inundación. «Sí, yo ya pude volver a mi casa», decían unos, «no, yo todavía no», decían otros.

El regreso a casa fue devastador. Mis viejos poco tiempo antes de la inundación la habían arreglado, la habían puesto linda para que este-mos todos cómodos. A mi pieza, que estaba en la planta baja, la habían pintado, la habían empapelado y la encontraron totalmente destruida.

Recuerdo que al volver, cuando bajó el agua, había en esas cuardras pilas de basura en las esquinas, todas las cosas de los vecinos estaban tiradas y apiladas en las calles, había peces muertos. El olor era terrible, inolvidable. De mi casa, particularmente, recuerdo ver la marca del agua en las paredes. Ver todo arruinado fue muy duro.

Siempre estuvo la creencia de que no iba a llegar tanta agua, así que ese 29 de abril no sacamos todo, mucho menos las cosas grandes. Tampoco había tiempo ni medios para hacerlo, porque es imposible mudar una casa en pocas horas. De más grande, me di cuenta de lo que costó volver a arreglar la casa.

Al crecer te das cuenta de que el impacto que tuvo esto en la vida fue muy fuerte. De chico no lo supe a fondo, pero hace unos años, cuando volví a conversar sobre este tema con mi familia, me enteré de que mi viejo pidió un crédito. La provincia estaba ofreciendo créditos a tasas bajas, subsidiadas, para los afectados. Mi viejo fue a pedirlo y se lo dieron, pero tuvo que pelearlo, tuvo que discutir bastante. Cuenta que amenazó con ir a los medios de comunicación a decir que los créditos que supuestamente la provincia estaba dando no los estaba dando en realidad y recién ahí se lo adjudicaron. Es el único recuerdo que tengo de mi viejo yendo a pelear contra algo del Estado.

En esa parte del barrio donde estaba mi casa no había plazas, pero yendo para el lado de la avenida había un terreno baldío donde solía

jugar al fútbol con mis amigos. Por ese baldío cruzamos con mi mamá cuando salimos, ese día que se inundó todo. Era más fácil pasar por ahí. Atravesar ese espacio en el que yo jugaba, pero con el agua en la cintura fue tremendo, como también lo fue volver a ocupar ese espacio, volver a jugar en un lugar que significó tanto en ese momento.

Casi una década después de haberme inundado pude volver a conectar con esa experiencia que había borrado de mi día a día, volver a hacer memoria. Fue gracias a la facultad, a la militancia, que encontré en la inundación un tema relevante de discusión, que me interesé por la causa, que empecé a ir los 29 de abril a la plaza y pude volver a recordar las cosas que había vivido. Eso hizo que les preguntara a mis viejos cosas que nunca les había preguntado sobre la inundación. Todo esto fue necesario para poder recuperar mi historia.



DANIELA

• • •

9 AÑOS

CHALET



Ya el 27 de abril anunciaban algo por la radio, pero no decían más que boludeces. El 28 a la mañana, a mi abuela que vivía en Villa del Parque ya se le venía el agua. Mi viejo, que con suerte terminó la escuela secundaria y que no sabe nada de ingeniería, intuía que todo se venía mal. Nosotros vivíamos en Chalet, a una cuadra de la cancha de Colón.

Ese 28 empezamos a cargar en la camioneta las pocas cosas que entraban y las llevamos a Santo Tomé. Después mi papá se fue a sacar a mi abuela para llevarla a un lugar seguro y ese mismo día nos llevó a mis hermanas y a mí a casas de amigas nuestras del club, cada una a una casa diferente. Las tres hacíamos natación en Gimnasia y Esgrima. Yo me fui a la casa de mi mejor amiga de entonces, que quedaba en el centro. Mis viejos volvieron a mi casa. A partir de ahí no supe más de ellos hasta tres días después. Fue bastante traumático.

Estuvieron en casa tratando de cuidar lo poco que nos quedaba. Cuando subió el agua se quedaron atrapados en la terraza. Hubo más de 3.20 m. Por suerte teníamos una piragua. El agua tapó la casa. Perdimos todo. Pasaron la noche del 28 y del 29 en el techo, hasta que Prefectura los intimó para que se fueran.

Esas noches las pasé con mi amiga y con su mamá, llorando, rezando, jugando a las cartas. Yo estaba presente y al mismo tiempo estaba como ida. Escuchábamos por la radio que había lanchas sacando gente de los barrios, escuchamos lo que decía en ese momento el gobernador, la frase «lo medimos con un palito» me quedó grabada.

Mi familia es muy grande y unida, siempre nos apoyamos, pero todos estábamos atravesando la inundación. Mi mamá trabajaba como asistente escolar y desde el gremio nos ofrecieron que nos quedáramos en el camping de UPCN. Mi viejo buscó la camioneta con nuestras cosas, nos pasó a buscar y los cinco nos fuimos a este centro de evacuados. Nos quedamos unos cinco meses.

La vida ahí fue difícil, el lugar donde estábamos era chiquito, pero por lo menos teníamos un techo. No fue fácil pasar el invierno en esas condiciones.

Estábamos mal porque habíamos perdido todo, sin embargo ayudábamos a otros. Aunque yo era muy chica, separaba la ropa que donaban al centro para la gente que estaba peor que nosotros. Mi mamá ayudaba racionando la comida. Mi papá, como tenía vehículo, se ofreció a buscar gente herida y llevarla al hospital. Si bien estábamos mal, un poco para salir del dolor, al malestar lo canalizamos a través de ayudar a otros.

De esa etapa me acuerdo de cosas muy puntuales, como que nos daban el reporte de la altura de los ríos, del Salado y del Paraná. Nos daban papelitos, dependiendo de cuántos éramos, para buscar las raciones de comida y productos de limpieza. También podíamos ir a buscar ropa. Además, nos vacunaron, por todas las enfermedades que brotaron. Todo el tiempo había actividades y juegos de mesa, se encargaban de mantenernos ocupados, pero la gente mucho no se prendía. Mi viejo siempre cuenta de las elecciones presidenciales que fueron por esa fecha, dice que iban a buscar a los inundados al centro de evacuados para que vayan a votar y obviamente nadie quería ir. Lo que viví en el centro también fue un escape porque era hermoso el camping, teníamos verde, algo bueno dentro de todo lo malo.

Cuando la gente empezó a volver y encontró su casa tan afectada no fue fácil. Para los más grandes fue aún más difícil de asimilar. No tenías nada y encima tenías que limpiar todo. Mi casa quedó manchada, fea, en tan mal estado. Estaba todo negro por el petróleo derramado desde una estación de servicio cercana. Había olor a pescado, a río. Mis viejos habrán limpiado las paredes diez veces con lavandina. Recién como en septiembre regresamos.

Lo que más lamento haber perdido son mis cassettes, teníamos varios de Chiquititas, y una colección de libritos. Tiramos y tiramos un montón de esas cosas que uno considera secundarias.

Tenía muchísimos peluches, solo me había llevado mi preferido. Cuando volvimos a casa encontramos que los demás habían sobrevivido y los lavamos. Hace poco los regalamos para un aniversario de la inundación, en esa fecha siempre pensamos en hacer algo. La inundación siempre fue tema de conversación y de mucha reflexión en mi familia.

El rol del Ejército fue clave, nos ayudaron un montón. Siempre estaban sus camiones con comida, agua, colchones, productos de limpieza. No teníamos plata ni para comprar artículos de limpieza, dependíamos de las donaciones.

Después de la inundación te querían callar a toda costa. Desde el gobierno pasaban por las casas queriendo darte 1500 pesos insignificantes con la condición de que no lo demandes. Mis padres recibieron ese subsidio, en ese momento había que decirle que sí a todo porque no teníamos nada, igualmente el juicio está. Se manejaron re mal. Fueron medidas recontra apresuradas, hasta dinamitar la autopista para que salga el agua. Realmente para mí fue un abandono de persona.

Con la inundación se paralizó la ciudad. Mis hermanas volvieron a nadar unos tres meses después, cuando el club, que había sido centro de evacuados, abrió de nuevo para los socios. Yo no volví enseguida porque era chica. Cuando las clases empezaron todavía estábamos evacuados, no había chance de ir. Mi escuela, San Cayetano, no se inundó, pero también fue centro. La mayoría de mis

compañeros se inundaron. Para que podamos volver a clases nos dieron útiles, ropa y para comprar de nuevo el uniforme.

Mis amigos que no se habían inundado se portaron de diez. Éramos muy chicos y los chicos son muy nobles a esa edad. Nunca jamás me hicieron burlas. Los del club siempre fueron muy importantes, los que más presente estuvieron, los que primero nos ofrecieron que estemos en sus casas.

A partir de la inundación hubo un declive bastante grande de los barrios, en términos de seguridad. Chalet y San Lorenzo empezaron a ser zona roja. No podías salir después de las 7 de la tarde, ya no podías caminar sola hasta el almacén, cosa que yo hacía cuando tenía 5 años. La gente salía a robar porque ya no tenía nada. A nosotros nos robaron ropa y a las dos semanas pasó un tipo en bicicleta con la campera de mi hermana. No te robaban para vender, te robaban por necesidad, porque realmente no tenían qué ponerse para abrigarse. Mi abuela siempre se acuerda de cómo le cambió la vida. También su barrio, Villa del Parque, se volvió muy inseguro.

Después de que nos robaron, al año siguiente de la inundación, adquirimos un plan de viviendas a través del gremio de mi mamá y nos fuimos a vivir a Santo Tomé. Años después nos mudamos a Sauce Viejo. Rehicimos nuestra vida del otro lado del Puente Carretero y ya no nos volvimos a inundar. Antes, cuando estábamos en Chalet, nos inundamos una infinidad de veces. Cuando llovía se juntaban unos 20 cm. de agua que usábamos para jugar.

La inundación nos marcó a todos los santafesinos, más allá de que te haya pasado o no. Sin duda tenés un amigo, familiar, conocido, alguien próximo que se inundó. En ese momento, yo notaba que toda la sociedad en su conjunto se había unido «en pos de»: ayudar, donar, ofrecerse. Cualquiera persona decía «che, tengo una lancha, salgamos a buscar gente», las asociaciones vecinales decían «che, tengo una piragua, salgamos a repartir viandas a los que se quedaron en los techos». Era gente ayudando a gente. Creo que es lo más destacable de toda la tragedia. La solidaridad de la sociedad, de todo el país.

Dentro de mi familia, soy la que más se anima a contarlo. Fueron muchos años de tocar el tema hasta que un día dijimos «ya está, basta, porque no vamos a arreglar nada». Aún así nunca dejé que se muera la historia, nunca dejé de hacer que el otro se plantee preguntas. Esto que contaba del petróleo derramado sobre las casas nadie lo sabe y cuando me escuchan a mí decirlo, tan livianamente, se empiezan a preguntar. Ahora sería un gran problema ambiental, pero digo, más allá de la fatalidad, es fuerte escucharlo de alguien que entonces tenía 9 años.



JOANA

•••

9 AÑOS

CHALET



Los días previos ya había un clima de inquietud e incertidumbre en mi familia. Lo primero que se inundó fue la zona de Cabal, donde viven mi tía y mi abuela. Nosotros estábamos más al sur, en Chalet, a dos cuerdas de la cancha de Colón. Vivía con mi hermana más chica, mi papá y mi mamá que estaba embarazada.

La noche anterior todo el barrio estaba despierto. A eso de la 1 llegó mi papá, que trabajaba de noche, y nosotras todavía estábamos levantadas. La atención estaba puesta en escuchar la radio y ver la tele, para saber si subía el río. Mi papá, desesperado, ponía papas en la cañería del baño porque decía que iba a hacer tope y el agua no iba a llegar. Los vecinos también improvisaban. Habían subido la cama con ladrillos, ponían bolsas de arena en la puerta.

La mañana del 29 me fui del barrio. A la salida de la escuela nos pasó a buscar el papá de una compañera para ir a Colastiné Norte, al camping STIA. Su familia vivía ahí, cuidaba el lugar y casualmente nos había invitado a todas las chicas a dormir. Ese día perdí contacto con mi familia, porque al mediodía se inundó todo. Durante una semana no los vi a mis papás, ni tampoco supe nada de ellos. No había forma de contactarlos.

Yo había salido apenas con la mochila, tenía puesto el equipo de gimnasia azul, me había llevado un jean y un buzo amarillo cangurito. Tenía esas dos mudas de ropa, creo que una de ropa interior y un par de medias. Eso fue lo único que saqué de mi casa.

Extrañaba, quería irme con mi mamá, pero nadie podía ubicarla. Si bien jugábamos todo el tiempo, quería volverme. Una semana más tarde mi papá, que sabía a dónde trabajaba el papá de mi compañera, llegó al lugar y le explicó a dónde estaban evacuados. En ese momento el celular era un privilegio, lo que había era teléfono de línea. El de nuestra casa había quedado bajo agua y mi papá no sabía el número del fijo de la casa donde yo estaba.

Mi mamá me contó que ese 29 estaban en la vereda cuando, de un momento a otro, empezó a subir el agua, a salir de las zanjas, a rebalsar por el baño. Fue cuestión de minutos tener el agua a las rodillas. Lo único que agarró al salir fue a mi hermana de 2 años y un bolso vacío. De la desesperación se fue sin plata, sin pañales, sin nada. Salió sin saber a dónde ir. En una esquina se encontró a una vecina que le dijo «vamos a Centenario que allá el agua no va a llegar». Así que se fueron juntas, creyendo que la cancha de Colón y la avenida Juan José Paso hacían de barrera. Pero tanto Centenario, como Chalet y San Lorenzo están en un pozo, así que a las dos horas otra vez a correr.

El agua llegó ahí hasta el primer piso. Todos empezaron a salir por las ventanas. Mi mamá se acuerda de que agarró a mi hermana y se subieron a una canoa, a la que también subieron otras chicas que se agruparon espontáneamente. Eran tantas y el agua subía con tanta fuerza, que a una de las chicas del bote se le cayó el bebé al agua y desapareció. La chica se quería tirar a buscarlo, pero el agua remolineaba, venía con fuerza.

Mi papá salió después, con la perra, ya con el agua al hombro. Enfrente de nuestra casa había un galpón que estaba vacío, entonces los vecinos construyeron, con unos tablones, una especie de estantes en las alturas. No pudieron salvar casi nada, mi papá apenas subió un televisor, otro vecino un colchón y así, cosas mínimas.

Mi papá y mi mamá se desencontraron. Él se quedó en el techo. Ella estuvo dos días evacuada, con mi hermana, yendo de un colegio a otro. Como se armaban registros de las personas que pasaban por los centros de evacuados, mi papá salió a buscarla. En un colegio le dijeron que había estado ahí y que la mandaron a otro, cuando fue a ese lugar le dijeron que la habían mandado a otro lado. Al final, la encontró en mi escuela primaria, la Juan José Paso. De ahí, fueron a autoevacuarse a un departamento junto con otras personas y a la semana aparecí yo.

Mi mamá me contó que esos días que pasó en las escuelas dormía con un ojo abierto, tirada con una frazada húmeda en un colchón, agarrada de mi hermana y medio sentada. Era todo un círculo de precariedad. No te podías bañar. Todo era incómodo, todo te daba miedo, todo te asustaba.

Cuando consiguieron ubicarme, me fui con ellos. Estaban parando en un departamento de una conocida del barrio, por Facundo Zuviría y Mariano Comas, que tenía un salón, cinco piezas, un baño, una cocina comedor y un patiecito. En ese espacio dormíamos diez familias.

Recuerdo que me largué a llorar al verla a mi hermana, después de tanto tiempo, vestida con ropa prestada. Me acuerdo de sentir esa nostalgia de no verlos. El reencuentro fue lindo y simultáneamente duro, porque se dio totalmente en otro lugar, donde no había nada mío.

Tanto mi papá como mi mamá estaban sin trabajo en ese momento en que estaba todo parado. En ese departamento estuvimos unos veinte días. Hacíamos todo en conjunto, nos dividíamos en grupos tratando de organizarnos para cumplir tareas. Lo que hacía mi mamá lo hacía yo también. Un grupo iba a buscar las cajas de alimentos, otro salía a buscar colchones y frazadas, otro se ponía a limpiar.

No había nada para cocinar, teníamos un techo apenas. Ni siquiera teníamos un vaso para tomar agua. Recibíamos esas cajas de alimentos básicos que traían aceite, polenta y harina. También recibíamos donaciones. Tengo recuerdos de salir a pedir ropa, porque no tenía qué vestir, de ir a las iglesias, de ir a hacer colas para poder comer.

Recuerdo a mis papás preocupados, viendo cómo seguíamos o cómo empezábamos, porque ya no teníamos nada. Los colchones

de la cama grande, durante bastante tiempo, fueron cuatro de esos finitos que estaban dando. Almohadas no teníamos, usábamos frazadas dobladas para que quedaran un poquito más altas.

Durante los días mi papá volvió varias veces a la casa. Se turnaba con los vecinos para dormir en el techo por la noche y durante el día se sumergía en el agua podrida, que estaba estancada, para ir sacando cosas.

Cuando el agua bajó, fuimos a limpiar. Fue terrible ver la casa en ese estado. Todas las maderas hinchadas, todo dado vuelta, todo cubierto de barro, muchos animales muertos. Nuestros pájaros, pobrecitos, en las jaulas arrasadas. Mi papá nos contó que en esos días que estuvo arriba del techo veía pasar los cuerpos por las noches, de animales y humanos. Mi abuela, que vivía en barrio San Lorenzo, cuando volvió a su casa después de quince días encontró un cuerpo atascado en un árbol de su patio. Ibas a limpiar y podías encontrar de todo.

Hubo muchos muertos. Mucha gente no tenía otro familiar. Personas a las que les tocó pasar esto con 60 o 70 años. Personas que se enfermaron y fallecieron después a causa de la depresión, por haber perdido el esfuerzo de toda su vida. A esas muertes nadie las tiene en cuenta.

Me acuerdo de caminar y ver el barrio tras la inundación. Nos volvíamos a reencontrar con los vecinos. La imagen que tengo es de la misma gente ayudándose. Un vecino tirando cosas, otro vecino juntando lo descartado. Siempre había uno que recibía más ayuda o que tenía un trabajo que le permitía salir adelante más que al otro. Mi papá sacó roperos enteros con las maderas hinchadas y la gente decía «pero eso si lo ponemos a secar nos sirve y nos armamos un ropero nuevo». Había gente que realmente no iba a poder recuperarse. La imagen es esa, gente revolviendo la basura que vos tirabas y vos también buscando algo en la basura que tiró el otro.

Mis papás encontraron, en estas zambullidas en el agua estancada, la lata de los ahorros que tenían juntos. Pusieron a secar los billetes. Eso ayudó un poco. Mi papá pudo volver a trabajar y cobrar los subsidios que eran de entre 2000 y 4000 pesos.

En un momento dijimos «ya es hora de arrancar de cero». Alquilamos una casa en Blas Parera y la curva de Roces, en barrio Las Flores. Ya no volvimos a vivir en Chalet. Teníamos cosas prestadas. Nos sentábamos en garrafas y les poníamos unos almohandocitos. No teníamos platos, ni vasos, ni heladera, ni cocina, ni colchón. Absolutamente nada. De modo que para mí la inundación, en mi caso familiar y personal, fue empezar de vuelta, ver realmente el sacrificio, siendo tan chica.

Volver a la escuela fue raro. Encima era una edad media compleja. Sentía vergüenza de decir que había perdido todas mis cosas, no quería invitar a ningún compañero a mi casa. Sentía vergüenza de ir siempre con la misma ropa, porque no tuve otra cosa para ponerme hasta que alguien me dio algo o hasta que pudimos comprar un guardapolvo nuevo. Por suerte, los chicos de mi grado eran buenos compañeros, no me hicieron sentir mal. Era la única que se había inundado del grupo.

En el 2007, cuando hubo otra emergencia hídrica, nos volvimos a inundar. En esa ocasión quedó la marca del agua en la casa, hasta un poco más arriba de la rodilla. Esa vez embolsamos todo y llegamos a subirlo al techo. Nos fuimos a la casa de una abuela los tres o cuatro días que estuvo el agua. Mi papá se había quedado otra vez en el techo, cuidando y limpiando. Fue apenas cuatro años después.

CIELO

• • •

9 AÑOS
ARENALES



Recuerdo muchísimo el día de la inundación como un día de caos, de los días previos solamente que eran días de lluvia. Recuerdo el sonido de la sirena cuando desbordó el río y, de ahí en adelante, absolutamente todo.

Mi mamá se había levantado a la madrugada porque todos los vecinos estaban entrando cosas a Los Sin Techo, que quedaba en la esquina de mi casa, un lugar donde se daba la copa de leche. Esa mañana, mi papá se fue a trabajar y una de mis hermanas mayores a la escuela Normal. Estábamos los otros cuatro hijos en casa. Cuando se le informó a mi mamá que se venía la inundación fue ella la que se ocupó de ir avisando a todos mis familiares. Les dijo que empezaran a subir cosas, a guardar, a juntar. Hizo que mi hermana y mi papá volvieran.

Nosotros veíamos que el agua se iba asomando lento desde la esquina. Empezamos a subir fotos, televisores, mesas. Teníamos una planta alta techada. Hasta los vecinos trajeron muchas de sus cosas. Éramos muchas personas ahí arriba. El agua iba subiendo. Cuando afuera ya estaba a una altura considerable, empezó a entrar por las paredes de block. Ingresaba por los huecos, porque mi mamá

había tapado puertas y ventanas. Mientras el nivel del agua crecía subíamos las cosas por la escalera y se hacía de noche.

Siempre estuvimos juntos. Iba Prefectura a querer sacarnos así como sacaba a todos nuestros vecinos, de a tandas en los botes inflables. Mi mamá jamás quiso que nos separemos. Teníamos un vecino que se encargó de sacarnos a todos juntos esa noche. Éramos muchas personas en la lancha. Tengo recuerdos muy borrosos de un momento en el que se estrelló y casi nos caímos. No sabía qué camino estaban agarrando, porque estaba todo oscuro y tapado por la cantidad de agua que había. Nos terminaron de sacar por calle San Lorenzo y Entre Ríos.

A partir de ahí empezamos a caminar viendo en qué lugar nos podíamos quedar. Las escuelas estaban desbordadas. Estábamos buscando a los hijos de una de las vecinas, que se los había llevado Prefectura y no sabíamos dónde habían ido a parar. Nos fuimos a la iglesia que está en San Martín y General López, donde pasamos la noche.

Antes de salir de la casa, mi mamá había agarrado un bolso con leche en polvo y chocolate. Esto me hace emocionar, porque ahora cuando la pienso la veo a mi mamá en su figura de mamá, cuidando a sus cinco pollitos, con mucha fortaleza, mientras mi papá se había quedado cuidando la casa, teniendo el agua ya a las rodillas en la planta alta. Esa noche en la iglesia nos cobijó, nos dio chocolatada caliente, nos cuidó. Al otro día nos levantamos y había que volver a emprender la búsqueda de los hijos de mi vecina. Ahí ya nos separamos de ella.

Recuerdo ver a mi papá vestido con ropa del trabajo. Mi mamá le decía «¿qué hacés acá? ¿no estabas cuidando la casa?» y mi papá le respondía «me sacaron porque dicen que el agua va a llegar a tapar la planta alta». Nos fuimos hasta el puerto. Nos fue a buscar mi tía, llorando nos dijo que vayamos a Alto Verde, a la casa de sus suegros. Allá estaba toda mi familia materna. Nos quedamos dos días, pero parecieron eternos. Para mí, fue una semana completa la que estuvimos ahí, el tiempo en que no podíamos volver a casa.

Mi mamá, que estaba embarazada de tres meses de mi hermana más chica, volvió al barrio a ver cómo estaba todo. La entraron unos vecinos en lancha y cuando llegó vio que la casa era un despelote.

Nuestros vecinos habían puesto animales, el agua ya había bajado un poco, estaba todo sucio. Mi mamá tenía ganas de volverse, porque en casa ajena no se sentía cómoda. Con el agua todavía en la planta baja volvió, se metió a limpiar, a baldear y a tirar lavandina en la planta alta. En un momento volvió a buscarnos y nos dijo «chicos, nos vamos para casa». Mi tía lloraba y pedía que no nos vayamos, pero mi mamá se fue con todos sus hijos encima y con mi papá.

Volvimos a casa teniendo el agua todavía hasta el techo en el primer piso. Arriba teníamos las cuchetas y todo limpio. Para mí, siendo chica, esos momentos fueron lo más maravilloso que pude haber vivido. Estábamos nosotros y mi vecino de la casa de al lado. Había metegol, había carpas en los techos. Recuerdo que veíamos el helicóptero que pasaba siempre a la misma hora. Nos traían agua y comida al mediodía. Recuerdo observar a un vecino usar un traje de buzo para meterse a ver cómo estaba todo abajo. Recuerdo el perro cazador que tenía uno. El vecino le tiraba a los patos, el perro se tiraba al agua para traerlos y después los comíamos.

Tengo recuerdos súper lindos y divertidos de lo que fue pasar la inundación en casa. Después de que pasó todo, cuando el agua bajó y la gente volvió, empezamos a recorrer el barrio, a ver a la gente sacar sus cosas. Vimos todo lo que perdieron.

Nosotros teníamos todo arriba porque mi mamá fue súper precavida y en dos segundos guardó lo esencial. No perdí ni una foto de mi infancia. Lo que lamento haber perdido son nuestras mascotas. Yo tendría que haberme llevado conmigo a mi perrita y a sus cachorritos. Cuando mi papá los dejó en la cucheta durmiendo, cuando tuvo que salir esa primera noche, a ella se le cayeron sus perritos al agua y se ahogaron.

Cada vez que llueve me acuerdo de ese momento, cada vez que siento el olor al barro, cada vez que hay humedad. Odio la humedad, porque en nuestra casa no se pudo sacar en años.

Otra cosa que me hace volver a la inundación es una canción que se llama *Volver a empezar*. Me quedó grabada. Constantemente sonaba en la radio. La pasaban en el noticiero cada vez que mostraban cómo

estaban los inundados, cómo seguíamos inundados. Me acuerdo que cuando estábamos en Alto Verde llorábamos delante de la tele creyendo que lo habíamos perdido todo, incluso nuestra casa, no sabíamos si íbamos a poder volver. La tele siempre estaba generando ese pánico. Los medios de comunicación hacían que sea aún más trágico y más triste.

Desde el gobierno nos ayudaban con mercadería, con ropa, con comida. Mi mamá nos daba mucha leche porque nos dejaban packs. Después, con la plata que nos dieron para refaccionar pintamos la casa. Si bien siento que faltó algo, no estuvimos muy desamparados.

Volver a la escuela fue horrible porque todos habíamos perdido nuestras carpetas. Se nos ayudó mucho desde el Ministerio de Educación. Nos dieron hojas y útiles escolares. Las docentes de la escuela Belgrano siempre estaban atentas, también ellas habían pasado por la inundación. Se preocupaban porque había chicos que todavía no habían vuelto a clases y a los que estábamos nos preguntaban cómo la vivimos, qué hicimos, dónde la pasamos.

Principalmente, fuimos nosotros mismos quienes nos ayudamos entre todos a recuperarnos. Como vecinos, como familia, nos apoyamos y nos dimos una mano. Nuestros vecinos fueron quienes nos sacaron del agua, quienes nos entraron después, quienes nos dieron de comer en ese momento. Nosotros también tratamos de ayudarlos a ellos al guardarles cosas en nuestra casa.

Me volví a inundar en el 2007. Ese año hubo menos cantidad de agua y fueron muchísimos días menos los que estuvimos inundados. No fue por el río, sino por la cantidad de lluvia que caía y porque los desagües estaban tapados. Estuvimos con temor a que pase de nuevo lo mismo. Por el miedo a inundarnos hasta arriba nos fuimos unos días a lo de una abuela.

La inundación del 2003 me marcó muchísimo. La tengo como un recuerdo triste, por las personas que se fueron junto con eso. Pero lo siento también con alegría, porque dentro de todo la pasamos bien y porque como pueblo, como vecinos, como familia nos unimos muchísimo más. Vi que a pesar de todas las diferencias que pueda haber, dentro de una tragedia somos todos iguales.

NICOLÁS

•••

10 AÑOS

SAN AGUSTÍN



Cuando fue la inundación vivía en San Agustín. Somos dieciséis hermanos, nueve mujeres y siete varones. En ese entonces, cinco estábamos en casa con mis padres, uno en el hospital y los demás ya estaban juntados, viviendo con sus parejas.

Mi papá era un hombre que siempre cumplía en el trabajo, en lo económico; pero mi mamá era la que se tenía que mover, llevarnos a la escuela, al hospital,

andar con nosotros de acá para allá. En ese año, yo estaba en la escuela Luis Ravera, que queda en Teniente Loza y el Camino Viejo a Esperanza. A la mañana me llevaba a mí y después al mediodía la llevaba a mi hermana a la otra escuela. Después, cuando salíamos de clases nos quedábamos en nuestra casa. No nos criaron de andar en la calle, casi no salíamos por la desconfianza que tenían mis padres.

El 29 de abril mi mamá nos despertó a todos para que empecemos a embolsar la ropa y a agarrar lo más necesario, porque tenía miedo. En la desesperación, se había olvidado de que tenía internado a mi hermano en el Hospital de Niños. Habrá tenido unos 13 años entonces, era un chico que nació con problemas de desarrollo, una persona especial. Recuerdo que ella lloraba, estaba re alterada, alambrando,

no sabía cómo administrarse con cinco hijos en la casa y un sexto en el hospital. Salió como pudo. Un remisero amigo de mi papá justo estaba donde era la parada del 15, frente al Mercado Abasto, y le hizo el favor, ni siquiera le cobró el pasaje. Dice que cuando llegó se le venía toda el agua encima, que no sabe cómo salieron de ahí, pero que fue por Dios que los protegió. A mi hermano lo tuvieron que traer con un tubo de oxígeno porque no podía respirar por su propia cuenta. Lo dejaron en mi casa y una vez a la semana le venían a cambiar el tubo. Mi papá tenía que pagarlo porque había muchas complicaciones, hasta para conseguir el oxígeno para mi hermanito.

Nosotros no nos llegamos a inundar, gracias a Dios en ese tiempo no llegó el agua hasta donde vivíamos, pero mis hermanas que vivían en otros lugares perdieron casi todo. Una vivía en un ranchito de barro en el barrio Las Ranitas, el agua empezó a comerle las paredes y la del frente se le cayó. En esa zona había llegado a 40 cm. de altura. La pasó muy mal. Tenía dos chicos y se tuvo que ir. Se quedó el marido arriba del techo del rancho, por más que tenía agua dentro, porque tenía miedo de que le roben lo poco que tenía.

Como a nosotros no nos tocó la inundación en la casa de mis papás, pasamos ese período encerrados, no podíamos ir a la escuela, no podíamos salir a ningún lado. Vivíamos en el patio o en la vereda pero siempre con un adulto mayor que controlaba. Nos pasábamos el día jugando entre hermanos, con primos o sobrinos que venían a casa. Sobre todo, jugando a la pelota en el fondo, mientras los más grandes se ocupaban de todo.

Me acuerdo que al costado del Polideportivo La Tablada Nueva, muy cerca de nuestra casa, habían armado carpas para las personas que habían perdido todo. Nadie sabía a dónde acudir porque el Polideportivo también estaba repleto. Entonces a la gente le daban carpas de pescar, la dejaban en la calle porque no había lugar. Era impresionante la cantidad de personas que se habían inundado. Me acuerdo que dormían en carpas con criaturas. Había mucha gente y en el mismo montón andaban robando mucho, entonces no solíamos andar en la calle. Únicamente salíamos cuando íbamos a ayudar a mi hermana.

Si me tocaría vivir en este momento la misma situación que a mis papás no sé qué haría, teniendo cinco hijos en casa, un sexto en el hospital y otros más grandes inundados, queriendo ayudarlos y no pudiendo.

En frente de la casa de mis papás hay una vecinal. Los vecinos la abrieron y empezaron a juntar donaciones, a recaudar alimentos. Entre todos hacían ollas, le daban de comer a los que vivían en las carpas que se armaron en la zona. Cuando hacían las ollas populares buscábamos viandas para comer en casa, nos repartíamos la porción que nos correspondía a cada uno y eso cenábamos.

La inundación agarró a la gente de repente y nadie alcanzó a sacar nada. El recuerdo más feo que cargo hasta el día de hoy es ver a madres que lloraban a la madrugada porque no tenían ropa. Lo más doloroso que yo he vivido es ver a esas madres llorando, sin saber qué hacer para calmar el llanto de sus hijos, porque no tenían mucho tampoco para darles. Por ahí el Ejército venía y les daba frazadas, pero vivían en carpas y las criaturas lloraban.

Había un alambrado al costado del predio que las personas usaban de tendedero para que se seque la poca ropa que tenían. Algunos se aprovechaban y la robaban para vendérsela a otra gente. Daba impotencia. Los policías no podían prestarle atención a tantas cosas juntas.

Cuando retomamos las clases, me acuerdo de mirarnos a las caras. En la escuela nadie tenía ganas de jugar, nadie tenía ganas de nada. Ni siquiera teníamos ganas de molestarnos unos a otros entre los compañeros. Nos preguntábamos y conversábamos entre nosotros «che, ¿a vos te agarró la inundación? ¿cómo la pasaste?». Había dos o tres que estaban en la clase a los que les había tocado y lloraban porque se habían quedado sin nada. Igualmente las madres los mandaban a la escuela, pero fue muy triste ver todo eso. Uno piensa que capaz siendo chico se le olvida, pero no. Yo tenía 10 años en ese entonces y ya entendía que era muy grave la situación.

Mi hermana que perdió la casa no recibió ayuda del gobierno. Fue mi papá quien la ayudó, que justo estaba en blanco y estaba ahorrando. Mi papá decidió comprarles una casa de material a mi

hermana y su familia, un poco más adelante, y se la regaló. Salió por sus propios medios. Yo creo que, como dice mi hermana que le tocó la inundación, perder en dos minutos el sacrificio que hizo durante diez años, perderlo todo, completamente, es inexplicable. No podés explicarlo con palabras porque pasarlo es horrible.

La inundación del 2003 es algo que marcó mi niñez de por vida y es algo que me llevaré hasta el día que no esté más. Yo la describiría como pobreza total. El pobre siempre fue así, no elige dónde vivir, vive donde puede. Y así estuvo toda esta gente inundada, viviendo donde pudo, comiendo donde pudo, durmiendo donde pudo. Insegura o segura, pero estaba donde podía, no es que elegía. Así es la pobreza total. El ser humano cuando es pobre, cuando nace con bajos recursos, no tiene muchas posibilidades, no se le abren mucho las puertas.

Da pena que haya muchos que tienen mucha plata y no ayuden a las personas más necesitadas. Hay gente adinerada que no es capaz de comprarse un huevo para no tirar la cáscara. Muchas veces es el pobre quien aun no teniendo da lo que no tiene. Si las ollas populares existen es gracias a la gente que vive en el barrio, que sabe que se sufre, que sabe que hay gente que no tiene un plato de comida.

MARIÁNGELES

• • •

10 AÑOS
BARRANQUITAS



Vivía en Barranquitas, con mi papá, mi mamá, mis dos hermanas más chicas, mi abuela y mi tío materno. Vivíamos en dos casas que están en el mismo terreno, pero prácticamente estábamos todo el tiempo en la casa de mi abuela.

Frecuentaba mucho en aquel momento la iglesia del barrio. No teníamos muchos recursos económicos como para salir a otros lugares de la ciudad. De hecho, la primera salida que hice al centro fue porque me cambié a una escuela céntrica, justo ese año me había pasado de la Lourdes a la Almirante Brown. Acompañaba mucho a mi abuela, que era muy allegada a la parroquia Francisco Solano. Con la iglesia hacíamos trabajo social. Ayudábamos a los vecinos, a personas que estaban enfermas.

Para hablar de la inundación me tengo que remontar al 26 de abril. Ese sábado lloviznaba y habíamos ido a la casa de unas vecinas, sobre la avenida Perón, a rezar un rosario. Recuerdo que nadie se imaginaba que tres días después íbamos a estar en esa situación tan angustiante. El lunes 28 a la tarde volvimos a hacer un rosario en una plaza. Cuando ya era de nochecita y estábamos regresando con mi abuela, la policía estaba cortando la avenida. Ella se acercó

y preguntó qué pasaba y el policía le dijo que había un poco de agua por la calle Perú, pero agregó «no se preocupe señora, vaya a su casa, no pasa nada».

A la mañana siguiente me levanté porque sonó el teléfono. Escuché que mi mamá hablaba y decía «no, agua acá no». A mi tía, que vivía en Los Hornos, le estaba entrando agua a la casa. Fuimos hasta la vereda y vimos que sobre la calle Brasil, desde el norte, venía el agua. Llegó mi abuela que trabajaba como portera en la escuela Falucho y contó que la gente del barrio se estaba inundando. Era una persona que enseguida se hacía carne de lo que le pasaba a los demás, entonces estaba muy mal. Decía «la gente está muy angustiada, las mujeres lloran, están perdiendo todo». A partir de ese momento comenzó a venir la gente por la calle. Veíamos que la gente venía avanzando por Brasil. Recuerdo que le dije a mi abuela «esto es como Venecia» y me dijo «no, Ángeles, esto no es como Venecia». Empecé a ver a la gente que lloraba y dije «esto es muy grave», pero no lo podía dimensionar.

En determinado momento, hacia la 1 de la tarde, mi mamá me mandó a ver cómo estaban mis hermanas. Cuando entré a mi casa, que estaba en la parte de atrás, vi que a través de la pared y por el piso afloraba agua. Me asusté y volví por el pasillo para decirle a mi mamá, que estaba en la vereda, que estaba entrando agua por la pared. Cuando estaba llegando, todavía atravesando el pasillo, vi una ola grande que se metió por la puerta abierta e inmediatamente atiné a volver corriendo a donde estaban mis hermanas. Cuando salté arriba de la cama, la cama flotó. El agua se metió con esa fuerza que solo me dio tiempo a correr y a saltar para no mojarme. Mis hermanas empezaron a gritar. Ellas estaban acostadas y de repente entró el agua abruptamente, la cama flotaba y daba vueltas en círculo adentro de la pieza con nosotras encima. Además, teníamos una mesita donde estaba el televisor, uno de esos viejos, grandes. El televisor se cayó y yo lo atajé con la pierna, se me cayó arriba. Enseguida entró alguien, me sacó el televisor que se cayó al agua y nos dijo «quédense acá que vamos a ver». Nadie sabía qué hacer,

ni los grandes ni los chicos. Entonces dijeron «vamos a la escuela». Mi papá me levantó a mí en los hombros, mi tío a mi hermana y un vecino a mi otra hermana. Mi vieja salió con el bolso que se había armado con todos los documentos, es todo lo que llegó a sacar. Mi abuela estaba mal, porque ya había vivido la inundación del '73 y había perdido en esa ocasión su rancho. Ella sabía lo que el resto de la gente no había vivido.

Fuimos hasta la escuela Falucho, unas tres cuadras a través de unos pasillos internos que hay en el barrio, por Iturraspe no se podía avanzar ya había agua. Me acuerdo que seguía llorando y que mi abuela me dijo algo que me quedó marcado para siempre, «no llores que está toda la gente en la misma situación». Ella no se quedó llorando, se puso enseguida a ayudar a los demás.

Mi tío decidió quedarse arriba del techo de la casa, mientras nosotros estábamos en la escuela. Se hizo una olla de la cual mi abuela participó, se hizo un guiso y se rezó de nuevo. En ese momento, por primera vez en el día, me sentí un poco más tranquila. Pero eso duró poco porque al ratito nos avisó la gente de la institución que probablemente la escuela también se iba a inundar y querían evacuarla. Trajeron un camión y se iban a llevar a la gente, aunque no se sabía a dónde, decían al puerto, pero nadie tenía certeza. Sin celulares como ahora y sin posibilidad de comunicarnos, mi abuela no quería irse porque mi tío se iba a quedar solo arriba del techo y se cuestionaba cómo se iban a encontrar después. Mi mamá y mi papá estuvieron de acuerdo en quedarse. Alrededor de la medianoche se escuchaban disparos, estaba bastante raro el ambiente.

La gente se fue, quedó mi familia nomás y la directora. Mi papá iba y volvía a casa, hasta que en un momento dijo «no se puede entrar más». Recuerdo que se puso a llorar. Era muy raro ver a los adultos llorando. La escuela, al final, no se inundó. Nos quedamos ahí unos días, dormíamos en el piso.

El jueves 1 de mayo fuimos con mi mamá y mis hermanas a buscar agua a la escuela Uruguay porque no teníamos nada para tomar. Cuando volvimos hacia las 5 de la tarde, mi abuela empezó a

decir que se sentía descompuesta. Nos dio la leche y empezó a decir que se sentía mal. Se llegó a acostar sobre uno de los colchones que habíamos conseguido y eso es lo último que yo vi. Escuchaba que mi mamá le gritaba que reaccione y ella no reaccionaba. Mi mamá la acompañó en la ambulancia. Una maestra le dijo a mi papá «yo me llevo a las nenas» y nos fuimos las tres a su casa que quedaba en una zona que no se había inundado. Yo sabía que lo que le había pasado a mi abuela era grave, pero estaba re convencida de que iba a estar bien. Pero llegó mi mamá y nos dijo que mi abuela había fallecido. Después de eso ya no volvimos a la escuela, nos quedamos un par de días en la casa de la maestra.

Luego del sepelio, mi tía, la de Los Hornos, a la que ya le había bajado el agua, le ofreció a mi mamá que vayamos a su casa. Ahí, en la tele, lo vi al gobernador cuando dijo «a mí nadie me avisó». Recuerdo que comencé a sentir mucha bronca porque era muy injusto todo lo que había pasado. Luego nos terminamos yendo de lo de mi tía porque otra maestra tuvo el gesto de prestarnos un departamento en Las Flores que todavía no estaba habitado. Vivimos ahí unos dos meses.

Yo pienso que esa ola que entró por la puerta fue lo que arrasó con mi vida tal como era antes de la inundación, que hasta entonces era una infancia feliz. Había problemas en mi casa, como en todas las casas. Pero dentro de los problemas que había era una infancia donde había juego, donde había fantasía, donde estaba esta abuela que es un gran personaje de esa parte de mi vida. Había eso de estar en el barrio permanentemente, de visitar a sus amigas, de rezar el rosario con las vecinas. Fue una etapa muy hermosa que terminó de forma muy abrupta y muy violenta. Después de eso nada fue igual. Tuve que crecer muy rápido para cuidar a mi familia, porque yo era la hija y hermana mayor. A partir de ahí ya nada fue lo mismo.

Creo que lo que pasó con mi abuela fue porque ella vio toda esa situación del agua entrando de esa manera y creo que si las cosas se hubieran manejado de otra forma quizás ella estaría viva. Es duro decir «quizás no se hubiera muerto». Después cargar con eso, vivir la preadolescencia y la adolescencia con esa sensación hizo que casi

hasta los 20 años no pudiera hablar del tema porque me largaba a llorar. Por muchos años me costó, ni siquiera lo podía articular, pero ahora lo hago porque tengo el convencimiento de que la gente tiene que saber lo que pasó y no olvidarse.

Al principio nos sumamos al movimiento de inundados, lo que fue La Marcha de las Antorchas. Después dejamos de ir porque mi mamá empezó a tener depresión y cada 29 era revivir eso, no lo pudo sostener. Tengo una anécdota de mi hermana, que en ese momento en que participábamos de los actos tenía 4 años. Cuando estábamos gritando frente a tribunales «¡Justicia! ¡Justicia!», preguntó «¿quién es esa señora Justicia que no sale?».

FLORENCIA

• • •

10 AÑOS

BARRANQUITAS OESTE



Durante la tarde del 28, el barrio donde vivía con mis papás y mis tres hermanos estaba más inquieto de lo habitual. Había gente que comentaba tímidamente algo acerca del agua. Las palabras fueron tomando fuerza con el correr de las horas. Los vecinos se turnaban para ir hasta el Salado por la autopista. Desde ahí analizaban cuál era la situación.

Los que éramos niños no participábamos de estas charlas, pero escuchábamos atentamente. A los 10 años nadie te comenta cuál es el nivel del río, qué es una defensa precaria e inconclusa, qué medidas tomar en caso de que entre el agua. Entendíamos que algo no estaba bien porque éramos testigos de las mudanzas repentinas que se armaban. Varios vecinos y vecinas abandonaban sus hogares. Cargaban carros con cuanto pudieran, colchones, muebles, bolsas de ropa. Utilizaban bicicletas, carretillas, sus cuerpos.

Mamá y papá decidieron que, para cuidar lo que teníamos dentro de la casa que habían logrado construir ese año con mucho esfuerzo, lo mejor que podían hacer era elevar con tacos de madera

las cosas más importantes. Levantaron la heladera, un aparador, la computadora, la mesa, las sillas.

Luego de acomodar todo cuidadosamente, mis hermanos y yo nos fuimos a dormir a la casa de mis abuelos maternos, que vivían al lado. Ellos tenían una casa de dos pisos. Nos acomodamos en la planta alta, en colchones desparramados, junto a las cosas que habían subido. Nunca me gustó dormir ahí. Aun así me venció el sueño, el miedo y el cansancio, después de dar vueltas con los ojos abiertos en la absoluta oscuridad.

Mis papás, que se quedaron a dormir en nuestra casa, se despertaron en la madrugada y al bajar los pies al suelo tocaron el agua. A partir de ese momento, todo lo que vivimos podría ser tranquilamente una escena de las típicas películas sobre catástrofes. Sin embargo, no era una película sino la realidad, producto de la inacción de quienes debían protegernos.

La mañana del 29 podíamos observar desde el balcón el agua. Era tal el nivel que había alcanzado el Salado que podíamos tocarlo con tan solo estirar un poco las manos. Los adultos decidieron que los niños debíamos salir. Nos avisaron que un vecino nos llevaría. Recuerdo salir por la ventana, apoyar un pie primero y luego el otro dentro de la canoa. Fuimos subiendo uno a uno, mis tres hermanos, mi perro y un gato, absolutamente en pánico. El río había copado cada lugar del barrio. En vez de casas, árboles y calles, había agua sucia, techos y cables al alcance de nuestros cuerpos.

Fueron tres cuadras eternas. Al llegar alguien nos ayudó a bajar. Nos esperaba mi tío. Su mano fue la primera que nos sostuvo y nos puso a salvo. Junto a su amigo, nos condujo en camioneta hacia su casa en Los Ángeles, al norte de la ciudad. Nos amontonamos catorce personas, a veces mi papá hacía chistes por la cantidad que éramos.

Los días que vivimos en su casa fueron muchas veces divertidos, desde la mirada de una niña. Podíamos jugar con nuestros primos y mirar televisión. Los canales informativos nos devolvían todo el tiempo la desoladora imagen de los barrios bajo agua, de gente desesperada que no encontraba a sus familiares en los centros de evacuados.

Nosotros estuvimos autoevacuados en la casa de familiares, en ese sentido, éramos unos privilegiados. También nos ayudaron con ropa, colchones y frazadas desde la iglesia a la que mi mamá concurría.

Una noche alguien llamó a la puerta para decirnos que el agua también inundaría el barrio Los Ángeles y que debíamos irnos rápido. De modo que nos trasladamos hacia lo de mi abuela paterna y mi tío se quedó cuidando su casa. Hay escenas que se me borraron, pero recuerdo el agua fría tocándonos de los pies a las rodillas y nuestros brazos entrelazados para no caernos. Esa noche tuve miedo.

Después de algunos días volvimos a la casa de mis tíos. Festejamos cumpleaños y hasta nos divertimos en esas reuniones que se armaban. Para mí, estuvimos mucho tiempo fuera de casa, pero mi mamá dice que fue apenas un mes lo que le llevó al agua disiparse de las calles.

Mis papás fueron varias veces a limpiar. Pasaron varios días hasta que pudimos regresar. Lo único que el agua nos había dejado era la estructura de la casa. Ni mesa, ni sillas, ni muebles, ni camas, ni ropa, ni juguetes, ni fotos. Perdimos todo eso. Lo único que nos quedó es lo que teníamos puesto el día que salimos.

Recibimos una ayuda financiera basada en la cantidad de metros cuadrados que había edificados. Obviamente no se equiparaba con lo que habíamos perdido.

En ese entonces, iba al colegio privado Visión de Futuro. Recuerdo que había podido salvar mis carpetas y los útiles que usaba, pero del regreso a clases no tengo registro. Creo que porque la escuela no estuvo muy involucrada en la cuestión de contener o ayudar a los alumnos que nos habíamos inundado, que éramos del barrio. Después le pedí a mi mamá que me cambie.

Después de la inundación, cada vez que llovía mi mamá lloraba y nosotros no entendíamos qué pasaba. No era un llanto de angustia, sino una situación de pánico. Escuchar que en el techo caía agua era motivo suficiente para que se desespere.

En el 2007 volvió a inundarse el barrio. La casa de mi abuela y la mía fueron de las pocas en donde no ingresó el agua. Llegó hasta la vereda. Nos afectó porque estábamos imposibilitados de salir.

A partir de la inundación, el comenzar para nosotros y para un montón de familias fue muy difícil, más de lo que ya era. Lidiar con la falta material de cosas que habíamos conseguido y de objetos como fotos o recuerdos es algo que padecemos años después, cada vez que buscábamos algo en particular y nos dábamos cuenta de que no lo teníamos. No nos quedó ninguna foto ni un objeto de cuando éramos chicos. Esta es una cuestión menor al lado de la pérdida que sufrieron otras familias. En nuestra historia familiar es uno de los momentos en el que sentimos que estábamos más solos que nunca y en el que padecemos la falta de cosas. Sin embargo, no estábamos solos, éramos muchos.



JENARO

• • •

10 AÑOS

ROMA



Ese día había jornada de padres en el IPEI, no habíamos tenido clases. Me levanté temprano y fuimos con mi vieja a hacer compras para almorzar. Veníamos escuchando por la radio que estaba entrando agua en Santa Fe, pero era información muy escueta. Nosotros no teníamos idea de nada, era algo muy lejano, ni lo imaginábamos. Cuando estábamos llegando al terraplén de Naciones Unidas, a eso de las 10 de la mañana, vimos un cúmulo de gente impresionante. Subimos con mi vieja y descubrimos, del otro lado, las casas tapadas de agua. Nos quedamos atónitos, porque no entendíamos nada. A pocos metros, de este lado del terraplén, estaba nuestra casa, así que era esperar a que pase el agua para inundarnos.

Media hora después llegó el intendente, lo escuchamos en vivo y en directo decir que no iba a pasar nada, que no nos íbamos a inundar, que el agua estaba contenida. Dijo que nos vayamos tranquilos a nuestras casas, a continuar con nuestras tareas. Entonces nos volvimos.

Me acuerdo del almuerzo como si fuera que lo comí hace cinco minutos. Arroz con pollo. Nos sentamos a comer, toda la familia. Enseguida mi viejo volvía al laburo y mi hermano mayor se iba con

unos amigos. Cuando terminamos, nos sentamos con mi vieja y mi hermana más chica en el zaguán, en unas escaleritas, a ver, a esperar.

El frente de la casa daba a un baldío, cercano al parque Garay. De un momento a otro el agua iba llegando a ese baldío, que se iba llenando de a poco. Aproximadamente a los veinte minutos, el terreno ya tenía unos 5 cm de agua. Se había formado como un piso de agua. La plaza se había hecho una pileta. Nos quedamos sentados. Me acuerdo que pasó un señor vistiendo botas de lluvia que, también atónito con lo que estaba sucediendo, se adentró a curiosear. Mientras tomábamos unos mates veíamos que el agua cada vez subía más y notamos que distintos insectos subían a las paredes del exterior de la casa buscando altura. Eran insectos que no se veían en la cotidianidad, arañas enormes, langostas. Ahí nos empezamos a preocupar verdaderamente. Nos dimos cuenta de que nos íbamos a inundar por las hormigas que formaban panes. Los hormigueros enteros se juntaban y flotaban en el agua para sobrevivir. Nos dimos cuenta que el agua iba a llegar más lejos.

Vivíamos en lo que sería la casa del director de la escuela, en el Centro de Formación Profesional N° 1, donde mi papá cumplía el rol de portero. Nuestra casa era la única de la manzana y tenía una conexión con la escuela. Lo que hicimos fue buscar un aula en el segundo piso para subir las cosas. Fue muy rápido. Pasamos de estar sentados a escuchar por la radio que había explotado la defensa y ver que el agua subía velozmente.

Teníamos cinco perros, pájaros, loros, de todo. Lo que hicimos fue rescatarlos a ellos primero. Después fui directo a salvar los juguetes, los metí en bolsas de supermercado y las tiré arriba de la cucheta. Enseguida empezamos a ayudar a subir algunas cosas, lo poco que se pudo porque el agua ya estaba entrando a la casa. Recuerdo que subíamos la escalera con los perros, ya para quedarnos arriba, cuando escuchamos el ruido de los vidrios de las ventanas de todo el frente de la escuela, rompiéndose por el agua que iba entrando con mucha fuerza.

Estuvimos media hora en el aula, hasta que vino un profesor que era amigo de la familia y nos dijo que nos vayamos porque el

agua iba a llegar más alto y nos íbamos a quedar encerrados en el segundo piso, sin poder salir. Cuando nos dijo esto empezamos a bajar y nos encontramos con que el agua ya había entrado demasiado. Tuvimos que salir a cocollito. Yo salí arriba de mi viejo, mi hermana arriba de mi hermano y a mi vieja la ayudó este profesor. Me acuerdo de estar saliendo por el hall de la escuela, el agua le llegaba a los hombros a mi viejo que mide casi 1.90 m. Nosotros quedamos atónitos, sin poder decir nada, ni siquiera podíamos llorar, estábamos en un estado de shock impresionante. Me acuerdo de ver arriba del agua fotos, animales, ropa. Íbamos mirando un montón de cosas en ese trayecto desde el hall de la escuela, atravesando la entrada del edificio hasta el portón de acceso a la vereda. Eran 20 m. y los sentí como una caminata de 2 km.

Cuando salimos nos llevaron hasta la siguiente cuadra, llegando al viejo hospital Iturraspe. Ahí el agua ya no llegó, o sea, llegó muy poquito. Me acuerdo de las miradas de las personas, había un montón en nuestra situación, empapados. Salimos sin nada, sin billetera, sin plata, apenas con lo puesto. Nos fuimos caminando hasta la casa de un familiar, entre Suipacha y Crespo por 4 de Enero. Ya era tardecita porque estaba cayendo la luz.

Llegamos a la casa de esta señora de la familia, que nos terminó hospedando los seis meses siguientes. No nos dijo nada, directamente nos recibió. Me hizo a mí y a mi hermana una merienda, una leche caliente con un alfajor de maicena y nos sentamos a ver la tele. Veíamos las imágenes desde arriba, había un helicóptero filmando toda la ciudad, mostraba todo lleno de agua, algo que todavía no concibo, menos en ese momento, con 10 años. Esa noche no pude dormir. Lloré un montón. Era un desconcierto el hecho de que habíamos perdido todo. El lugar donde ejercimos toda nuestra infancia, donde teníamos nuestros amigos, donde vivíamos básicamente. Perdimos todo. Al otro día hasta tuvimos que ir a una escuela a buscar ropa porque no teníamos nada para ponernos.

Mi hermano y mi viejo habían vuelto a la casa para cuidarla. No se quedaron en la casa que estaba bajo agua, sino en la escuela. Un

día fuimos a verlos, llegamos hasta la esquina y ellos salieron en una balsa que improvisaron con unos telgopores. Agarraron un telgopor de esos que se ponen para hacer las losas entre las vigas, del material de las planchas que se usan para barrenar, y se hicieron un remo con un pedazo de madera que habían sacado. Con eso podían ir saliendo y llevando cosas sin que se mojaran. La balsa era más que nada para flotar un poco, la mitad del cuerpo. Ese día salieron todos mojados.

El segundo piso de la escuela se volvió un centro de evacuados no oficial, porque los directores no querían abrirlo. Mi viejo y mi hermano estaban en los talleres y la gente irrumpió en la parte de las aulas. Ahí estuvieron viviendo unas treinta o cuarenta personas, más o menos, hasta que bajó el agua y pudieron volver a sus casas.

La primera vez que fuimos a pasar el día estuvimos limpiando y viendo qué onda. Mi hermana y yo éramos muy chiquitos, jugábamos mucho. Encontrábamos cosas en el suelo, en el patio o enredadas en los tejidos del perímetro de la escuela. El agua todavía estaba estancada en algunas zonas del Parque Garay e íbamos a pescar.

En mi pieza el agua también llegó hasta arriba de la cucheta, donde teníamos todos los juguetes. Encontramos hasta en el patio bolsas con juguetes y las llevamos todas a un aula de taller que tenía una bacha grande. Tiramos todos los juguetes ahí y pasamos una tarde limpiándolos con un cepillito, sacándoles la mugre. Pudimos rescatar algunos que todavía hoy conservamos. Creo que los conservamos también por esto, porque los pudimos salvar en ese momento y no quedarnos sin nada. Me pasa, cuando los veo, que recuerdo. Lo primero que recuerdo es estar salvándolos. Después están todas las imágenes que se me vienen de cuando los vuelvo a tener en las manos.

LAURA

• • •

11 AÑOS

ROMA



Ese día fui a la escuela. A la mañana empezaron a buscar a algunos estudiantes. Había gente que ya se había inundado. Nosotros estábamos una cuadra adelante del terraplén, en el barrio Roma, así que yo salí al horario normal. El barrio se inundaba con bastante frecuencia, era algo cotidiano, pero nuestra casa estaba levantada.

Como soy la hija más chica en algún punto fui la más protegida. Yo tenía 11, mis hermanos 15 y 18. Aunque me decían que no iba a pasar nada, me mandaron a la casa de una amiga de mi mamá que vivía en el centro. Me llevé una caja de fotos mías de la infancia y me pasé todo el 29 esperando.

El día transcurrió en esa espera hasta que empezaron a aparecer mis hermanos. Bastante más tarde, ya de noche, la fueron a buscar en una camioneta a mi mamá que no aparecía, cuando ya no se podía entrar al barrio. El agua había tapado la casa, se veía solo el techo. Dicen que en media hora, a las 6 de la tarde, el agua subió hasta 3 m.

Tengo dos imágenes de ese día. La primera es de mi mamá que cuando llegó era un pollo mojado. No podía entender qué estaba

pasando y el resto la ayudaba a bañarse. Era muy fuerte verla toda chiquitita, que la tengan que meter en la ducha. La segunda es del momento en que mi hermano más grande, que no había querido sacar ninguna cosa porque realmente pensaba que no iba a pasar nada, se enteró de que se había inundado completamente todo. Verlo sentado llorando en el piso también fue muy fuerte. Descubrí una faceta de vulnerabilidad en las personas que estaban a mi alrededor.

Los días siguientes mi mamá y yo dormimos en la casa de su amiga y mis hermanos en lo de amigos suyos. Mi hermano mayor se quedó en el techo de la casa inundada por la noche para cuidar las cosas que quedaban. Iba en canoa porque el agua duró más o menos unos quince días. Cuando bajó, mi mamá me mandó a la casa de una prima en la ciudad de San Lorenzo, mientras ellos limpiaban. Estuve dos semanas con gente que no conocía, que apenas había visto una vez en la vida.

Toda mi vida hasta la inundación la había pasado en esa casa. Era una casa que mi mamá había construido con mucho empeño. Después de que se murió mi papá, que tuvo un accidente de tránsito cuando yo tenía 5 años, la había agrandado, había hecho cuartos para cada hijo porque antes dormíamos los tres hermanos juntos. La casa representaba una etapa. Y a partir de la inundación toda una idea que tenía de la familia se empezó a resquebrajar. Así como la inundación, lo de mi viejo también fue inesperado y desacomodó. Son momentos donde hay un antes y un después. La inundación se encargó de terminar de destruir y mostró que ya no íbamos a volver al momento anterior del padre, la madre y los chicos que tuvieron una infancia feliz en ese lugar. Había que reconstruir de otra forma.

No volvimos a vivir a la casa inundada. Alquilamos por seis meses una casa que nos ofreció el padre de un compañero mío de la Beleno. Después alquilamos otra. Nos fuimos yendo hacia el centro de la ciudad.

Esos meses fueron como un juego de muñecas, porque no teníamos nada, recibíamos ropa, cosas y había que armar la casita

de vuelta. En las dos primeras casas donde vivimos después de la inundación compartí el cuarto con mi mamá. Así que era tratar de ver cómo armar el rincón, cómo organizar la pieza, cómo guardar las donaciones en un lugar que quede ordenado. En alguna medida, había diversión a pesar de la situación. No era que estaba feliz y sonreía todo el día, pero estaba todo el tiempo sosteniendo algo a partir de armar el cuarto. Me acuerdo también de que, como no teníamos nada, iba a la Biblioteca Pedagógica y sacaba libros para leer, era toda una aventura para mí.

El duelo de la inundación lo pasé muchos años después. Para mí, me robaron toda la memoria previa a los 11 años. La inundación hizo como una ola gigante, borró todos los recuerdos anteriores, me borró la infancia.

En la primera casa que alquilamos, con un corte de luz se nos quemaron todas las cosas. En la segunda nos entraron a robar. Era muy difícil lidiar con el miedo a que venga algo y te lo lleve todo de nuevo. Cuando terminó el juicio del accidente de mi papá, pudimos comprar una casa a unas tres cuadras de la peatonal y nos mudamos definitivamente.

La inundación para todos fue un momento muy especial, así que nos refugiamos mucho en nuestros grupos de amigos. Dentro de la catástrofe, fuimos privilegiados porque teníamos un entorno con recursos para poder ayudarnos.

Me acuerdo del discurso de los medios de comunicación, esto medio naif de la solidaridad. Cuando iba a la escuela se insistía con que a Santa Fe la salvó la solidaridad de la gente. Por suerte, después pude politizar mucho más ese proceso, pude darme la posibilidad de pensar las responsabilidades de los gobiernos y el papel del Estado. En gran parte por mi mamá, que al principio tomó un rol activo en la Carpa Negra y que se encargó de escribir mucho sobre la inundación. Yo era muy pegada a ella, la acompañaba a todos lados. Verla organizada tuvo consecuencias, hay cosas en la historia que marcan. Hay un video de ella, en el acto del primer aniversario de la inundación, donde pide al Estado que le dé la plata

a las comunidades, que apoye la gestión social de las personas, en lugar de hacer las cosas de manera ineficiente como a veces hace. Así como ella hubo muchas mujeres que estuvieron sosteniendo la memoria un montón de tiempo.



ALDANA

• • •

11 AÑOS

ROMA



La calle era un lío. Se palpitaba desesperación porque no se sabía lo que estaba pasando. Nos fue a buscar mi mamá a la escuela, a mí y a mis dos hermanas mayores. Yo estaba en séptimo grado en el colegio Sagrado Corazón de Jesús. Mis viejos se fueron a sacar gente con la lancha y nosotras nos fuimos a dormir la siesta.

Cuando me levanté, no entendía lo que estaba pasando. Salí a la vereda con mi abuela y vimos, en medio del barrio Roma, una procesión de gente que pasaba totalmente con la mirada perdida. Apenas llevaban una frazada y una olla y decían «pude sacar todo lo que tenía». Ahí nos empezamos a asustar. No sabíamos qué hacer. Mi abuela decía «no va a llegar, el agua hasta acá no llega».

Cuando empezó a oscurecer, mis viejos volvieron. Se habían asustado, les habían apuntado con un revólver, les quisieron sacar la lancha. Empezamos a levantar todo lo de la casa de mi abuela que estaba en la planta baja. Ella decía que el agua no llegaba, estaba re confiada. Vino mi tía y se la terminó llevando. Mis hermanas, mi papá, mi mamá y yo nos quedamos en la planta alta. En ese ínterin

recibimos a la señora de la farmacia, que llegó con su hermana, su cuñado y su sobrinito. Decidimos que nos íbamos a quedar.

La primera noche escuchamos a un perro que lloraba sin parar. Nos dimos cuenta de que la mascota de mi abuela había quedado en el patio. Mi vieja bajó, entró a la casa de mi abuela con el agua a la cintura y subió la perra a nuestro departamento, donde además ya estaba nuestra perra.

No teníamos agua ni luz. Pasamos varios días conviviendo en esas condiciones. Nos empezamos a quedar sin comida. Mi vieja, que no sabe nadar, tuvo que ir con el agua hasta el cuello a la farmacia, a ver si había algo de comida allá. Volvió con un colchón que encontró por el camino, lo llenó de comida. Estuvimos en esa situación hasta que mi tía nos acercó alimentos a través de unos vecinos que vinieron en canoa.

A la noche se vivía mucha tensión, se escuchaba ruido todo el tiempo, gente que corría por los techos, tiros, gritos, disparos, helicópteros. Teníamos mucho miedo. Los adultos intentaban cambiar las vibras porque había cuatro criaturas presentes, pero no se logró. La mujer de la farmacia estaba afectada porque había perdido todo. Fue como un choque de energías muy fuerte.

Con el pasar de los días el agua empezó a bajar. Me acuerdo de ver la casa de mi abuela y de verla a ella súper angustiada por los muebles arruinados. La pared hasta el día de hoy tiene durlock, porque le hicieron varios tratamientos pero la humedad siguió brotando y la única solución fue taparla. Además de la casa de mi abuela, se inundó la casa que estábamos construyendo y el taller de mi viejo, que quedó 1.50 m. bajo agua. El taller era un asco porque estaba todo lleno de aceite, grasa, con olor fuerte. Recuerdo que tuvieron que hacer trámites para obtener ayuda del Estado y que a mi viejo le dieron algo para cubrir los daños. De a poco nos íbamos enterando de las anécdotas, de la gente que había sobrevivido agarrada de la lámpara en su casa, de la gente que había muerto. Me acuerdo de los camiones que empezaron a llegar con mercadería y donaciones, ropa nueva, ropa vieja.

Cuando volvimos a la escuela hacíamos gimnasia en el patio delantero, porque en el gimnasio todavía estaban las personas evacuadas que habían perdido la vivienda. Como en ese patio había otro tipo de piso nos pelábamos todas las rodillas. Estaba bloqueado el paso al gimnasio, no podíamos ir a ver o hablar con la gente alojada ahí.

En mi familia hubo una cierta depresión tras la inundación, un trauma que perduró por un tiempo. Esa tristeza aguda de no saber qué hacer. A la casa nueva recién nos pudimos mudar tres años después.

Nos volvimos a inundar otras veces porque nos mudamos a una zona que cuando llueve mucho sube el agua, pero no al punto de aquella vez. El 2003 representó un antes y un después para mí. Nunca había visto a mis viejos en esa situación de estar tan vulnerables, de no saber qué hacer y tener que depender de alguien de afuera que nos trajera comida. Sentí impotencia al verlos perder cosas por las cuales habían luchado toda su vida, por no poder hacer nada para ayudar. Se sabía que iba a pasar esto y no se hizo nada para evitarlo. Nunca había sentido ese tipo de miedo. Nunca había estado antes en una situación donde realmente corría riesgo de vida y nunca había visto a mi familia experimentar una situación así.



KAREN

• • •

12 AÑOS

SANTA ROSA DE LIMA



El día estaba nublado. Mi papá se había ido temprano a trabajar, era empleado municipal. Yo estaba en casa con mi mamá, mis dos hermanos varones, mis tres hermanas mujeres y mi sobrina que era bebé, tenía alrededor de 4 meses. Nos quedamos sin saber que iba a venir tanta agua, pero sabiendo que estaba en peligro la ciudad, hasta que al mediodía vino mi papá anunciando la inundación.

Mi mamá nos mandó a mí y a mi hermana más chica, que tenía 11, a que vayamos con una de mis hermanas mayores a lo de su suegra. Tomamos el último colectivo que pasaba de la línea 18. Cuando nos fuimos ya había algo de agua en la calle. Llegamos al barrio Las Flores con el agua en las rodillas. La señora que nos albergó vivía en el tercer piso, cuando subimos ella prendió la tele y vimos que ya estaba todo tapado. En una hora se inundó todo. De mi casa no se veía ni el tanque de agua.

En ese entonces, no sabíamos nada acerca de dónde podían estar mis hermanos, mi papá y mi mamá. Estábamos todos dispersos, nos enteramos después. Mi papá estaba en el Hospital Cullen, le había agarrado un grado de hipotermia y mi mamá estaba con él. Más tar-

de escuchamos el relato de mi hermano, el más chico de los varones, que era el único que sabía nadar y fue el que lo salvó. A mi papá se le había caído el ropero y quedó atrapado en el agua, sin poder salir. Mientras mis papás estuvieron en el hospital, mis hermanos estuvieron en el Predio Ferial, los querían llevar a Entre Ríos, pero una amiga de mi mamá logró que los dejaran. Cuando le dieron el alta, todos se fueron al centro de evacuados que se armó en el Club de Gimnasia y Esgrima.

Mi hermana mayor estaba desaparecida junto con mi sobrina. Lo vimos en la tele, figuraban los nombres de las dos. Mi mamá la andaba buscando. No la encontraba en el lugar donde habíamos pactado que se quedaba. Resultó ser que estaba en Centenario, pero en un departamento más arriba, por la bebé. Los vecinos las habían trasladado. En un momento se supo que estaban a salvo.

Estuvimos alrededor de cuatro semanas en Las Flores y los meses siguientes en el Club de Gimnasia y Esgrima. Nosotras también fuimos y nos quedamos con mis papás en el centro de evacuados. Ahí nos volvimos a reunir todos.

En ese periodo, una vecina que vivía en la zona nos iba a llevar mercadería y juegos didácticos. Únicamente éramos seis chicos, después era toda gente grande. Me acuerdo que nos llevaba a mi hermana y a mí a jugar a su casa porque ella tenía tres hijas mujeres. Eso hasta impactó en la crianza de mi sobrina que era una bebé. Ella se había encantado de cobijarla y cuidarla, después sufrió la separación cuando nosotros volvimos a vivir al barrio. Incluso la siguió viendo, hasta la quería adoptar.

Recién en agosto volvimos al barrio. Pero regresamos a una casa unas cuadras más adelante. Porque una lancha de los anfibios había chocado nuestra casa y la perdimos, ya no se podía habitar, la losa se había partido. Nada era igual. Había mucha mugre, mucho barro, árboles caídos, casas tiradas, se veía a leguas que era como un barrio abandonado, que había pasado un desastre.

Cuando retomamos las actividades escolares, fue todo muy consternado, no era un inicio escolar, sino una manera de satisfacer en

conjunto nuestro estado emocional. Muchos chicos estaban heridos en el sentido emocional. Nos pegó a todos de distinta manera. La mayoría de mis compañeros vivían en lugares cercanos. Todos los alumnos de la escuela López y Planes nos habíamos inundado, hasta las maestras. Hubo gente de la escuela y compañeros míos que hasta perdieron familiares con el agua. De irnos a casa, de un «hasta mañana señorita», pasamos a no volver a vernos de repente. Estuvimos hasta fin de año solamente hablando de eso. No había pie ni cabeza como para pensar en actividades escolares.

En ese momento no había bullying, pero había una cierta diferencia entre los chicos que vivíamos en Santa Rosa y los chicos que vivían pasando al centro, que igualmente se inundaron. Con la inundación se terminaron todas las diferencias y las conjeturas que había sobre cada uno. Lo lindo de la vuelta al colegio fue volver a reencontrarnos entre los chicos. Con mis compañeros estábamos muy preocupados sobre si íbamos a volver a encontrarnos, justo nos tocaba terminar séptimo ese año y enseguida separarnos de nuevo por el inicio de la secundaria.

El espacio recreativo en la escuela Santa Rosa, al que asistíamos algunas veces, no se volvió a hacer. Una parte se había derrumbado. Sacaron todo lo recreativo para niños y pusieron todo el apoyo emocional y comunitario para la gente grande. Se convirtió en taller de costura, en comedor, en copa de leche, en apoyo a las futuras mamás.

A partir de la inundación sufrimos la enfermedad de mi papá. En medio de la desesperación de ese día tuvo un accidente, se le había caído un riel en el pie, lo que derivó en una serie de enfermedades. Hubo que andar con mi papá visitando médicos. Padeció diez años con todo lo que le repercutió la inundación. Así que mis hermanos ya no participaron tampoco de los juegos, porque con todo lo que había sucedido había que ayudar económicamente. De un día para otro hubo que hacerse maduro, grande y ayudar a papá y a mamá con respecto a la economía de la casa.

Vivimos unos meses en Santa Rosa, después nos fuimos a Villa del Parque y, dos años después, a través de un programa de

asistencia social nos otorgaron una casa en Loyola Sur. En el 2007 se anegaron las calles por lluvia. No nos inundamos, pero fue un momento tenso. Yo estaba volviendo de la escuela y en el camino el agua empezó a entrar al colectivo. Sentí terror de que el colectivo se tapara de agua en ese instante, mientras yo estaba ahí adentro, a pocos metros de llegar a mi casa. En la parada estaba mi hermano con el agua a las rodillas, esperando con un paraguas. A dos cuadras de llegar a mi casa fue bajando el agua y en mi vereda solo había barro. Las clases se suspendieron y volvimos al colegio casi para la fecha del aniversario. Habían pasado cuatro años y volvíamos a pensar que nos íbamos a separar de nuevo, que el agua nos iba a llevar todo.

Frente a una inundación no sabés si perdés todo en un segundo, si volvés a ver la gente que tenías ayer, si el otro sufrió más que vos. No sabés si tu infancia fue adulterada, fue robada, fue colapsada. Queda un vacío al que no se le encuentra explicación. Es un antes y un después que no entendés. Yo perdí una etapa de mi vida que no la recupero nunca más. De un día para otro no tuve más juguetes, no estuve más en la casa donde nació. No existe un consuelo para tal situación. Hoy en día, le tengo terror a la tormenta. Es un dolor latente.

FRANCISCO

• • •

12 AÑOS
CENTENARIO



Esa mañana estábamos muy mal. Mi vieja estaba en la clínica y mi viejo trabajaba mientras trataba de asistir a algunos familiares que ya estaban con el agua en la esquina, en Chalet y Roma. Nosotros estábamos más al sur, que es más bajo, la ciudad se inundaba por el norte, estaba clarísimo que nos íbamos a inundar.

No había internet ni celulares. En los noticieros se veía un desastre. Las imágenes desde los helicópteros, las rutas cortadas. No era solo la ciudad, era la provincia entera. Recreo era un mar. Ese mediodía el intendente dijo por la radio que los de Centenario nos quedemos tranquilos, que en la avenida Juan José Paso iba a funcionar de dique. Me acuerdo de mi papá muy enojado, dijo que nos estaban mintiendo.

Mi casa estaba organizada en la planta baja, pero teníamos un segundo piso. Con la indemnización de un trabajo, mi papá construyó una sodería, una instalación fabril chiquitita ahí. Empezamos a desarmar la casa entera, a subir las cosas y acomodar lo que quedaba abajo para que se moje lo menos posible.

Mi barrio arranca en la avenida Juan José Paso, está en una gran bajada, la traza es como una rampa. Si pasaba el agua iba a ir yendo

hacia el fondo. Yo decía «a lo sumo va a haber agua abajo» y mi viejo me respondía «no, es mucha agua la que viene». Mi mamá le discutía. Él insistía en que nos íbamos a inundar.

Esa siesta se estaba inundando el Hospital de Niños. Mi hermano más grande fue a colaborar como voluntario. La gente se ponía a disposición. Armaban bolsas de arena para hacer un reparo. Yo fui a avisarle a mis amigos que nos íbamos a inundar. Vi al padre de uno armando en la puerta de entrada un pequeño tapial, de unos siete ladrillos. Veía cómo la familia de mi amigo se preparaba y cómo nos habíamos preparado nosotros. Se intentaba hacer lo que se podía sin ningún tipo de referencia.

El agua empezó a entrar en el barrio a la tardecita, a escurrir por detrás de la cancha de Colón. Ingresó a la parte más baja y a subir hacia la avenida que supuestamente nos iba a proteger. Los vecinos se asomaban a ver. Desde los medios no había ninguna alerta. Ya estaba oscureciendo cuando mi papá nos llevó a la casa de mi abuela. Como teníamos una tráfico, le dimos una mano a la gente de enfrente que se iba a evacuar. Esa noche yo no entendía muy bien qué estaba pasando, parecía una película.

Mi viejo dejó la camioneta en el Ateneo, donde hacíamos básquet con mis hermanos. Se volvió en bicicleta. Dos horas después ya había más de 1 m. de agua dentro de la casa. Cortaron los servicios, luz, agua, gas. Centenario se inundó de noche. Es el barrio con más muertos ahogados. También hubo mucha gente que murió de angustia, con el tiempo.

En el transcurso de la madrugada, el agua llegó a los 2.5 m. Quedó a 30 cm. del segundo piso de mi casa, rozando el tendido de cables que uno suele ver en la calle. Las casas de mis amigos, que quedaban más abajo, estaban completamente tapadas. En ese momento ibas en canoa.

Tuvimos el agua dos días dentro de la casa. Una vez que se inundó nuestro barrio el agua empezó a ir hacia el sureste, se inundó el Parque del Sur y al día siguiente empezó a asomarse a la esquina de la Casa de Gobierno. Tuvo que llegar hasta ahí para que destrocen

la circunvalación que hacía de represa. Esa siesta estábamos de mis abuelos mirando la tele, escuchando la radio, tratando de informarnos, cuando dinamitaron la ruta a la altura del Club Quillá para darle salida al agua por el riacho Santa Fe.

No sabías a donde estaban todos tus conocidos, había que salir a buscarlos. La gente estaba deshabitando la mitad de la ciudad que estaba inundada para habitar la otra mitad que estaba sin agua. Yo estaba muy preocupado por mis amigos. Uno de ellos era la única forma de poder comunicarse de sus padres que son hipoacúsicos y se expresan por lengua de seña, él los ayudaba siempre con todos los trámites. Finalmente logré contactarlo, se había ido a lo de su abuela. Me dijo que su viejo se quedó con la perra en el techo y que él se fue con su mamá en un camión del municipio. Que en verdad fue un empleado del barrio que agarró un camión, salió a buscar a los vecinos y por suerte pudo llegar hasta ahí. Me puse muy feliz de poder encontrarlo y de saber que su familia estaba bien.

Me quedé viviendo unos tres meses en la casa de mis abuelos. Durante ese periodo jugábamos mucho con mi hermano, teníamos muchísimo tiempo libre. Durante cinco meses se cortó el proceso educativo.

Mis padres se quedaron en la casa para cuidarla. No querían que fuéramos con ellos. Era un momento de muchísima supervivencia. Uno de los grandes problemas era abastecerse de cosas elementales. Sin agua, luz y gas se necesitaban alternativas. Cosas a pilas, baterías, velas, gas en garrafa, alimentos no perecederos. Todo se encareció. Me acuerdo de entrar a un súper con mi abuela en uno de los barrios más pudientes de la ciudad y ver vacías las góndolas. Era muy fuerte. No había ni un paquete.

En esos primeros días de la inundación, fui caminando con mi abuela a ver el agua. En el lugar donde teníamos que encontrar el Parque del Sur, el agua avanzaba sobre la avenida y terminaba en el filo del cordón. Era un agua marrón, sucia, llena de porquería. La orilla estaba llena de soretas. Entendí que mi casa no solamente se estaba inundando con agua de río, sino también con todas las aguas servidas de todo el oeste de Santa Fe, que no tiene cloaca. La

inundación destapó los pozos negros, arrastró todo lo que tenían y eso se nos metió en la casa. Era un foco infeccioso.

Mi hermano más grande estudiaba en el Industrial y un profesor se acercó para contarle, en calidad de ingeniero químico, cómo podía hacer para desinfectar la casa. Le recomendó un compuesto que se usa para limpiezas bien profundas. Cuando volví, las paredes que antes eran blancas estaban rosadas.

Las consecuencias en la salud de las personas fueron evidentes. Mi mamá quedó internada en el Cullen varios días, por hemorragias intestinales. Casi se murió por estar en contacto con la materia fecal, por respirar esos vapores que despedía la casa a medida que se iba secando. A los tres meses dejamos la casa de mi abuela y nos instalamos en la planta alta. Recién bajamos a los seis meses.

Al volver a casa entendimos que habíamos salvado principalmente las cosas caras. Nos habíamos olvidado de lo más simple. Colecciones completas de fábulas, enciclopedias, materiales de la escuela, recuerdos de viaje, el vestido de casamiento de mi mamá, todo arruinado.

El patio también estaba muy afectado. En los cinco meses siguientes no pudimos llegar al fondo. Si caminabas te enterrabas hasta las rodillas. Mis padres siempre lo cuidaron mucho, antes era un jardín hermoso, con césped, plantas, frutales, enredaderas, jazmines, juveniles. Era un lugar de muchos colores y de golpe se volvió un pantano marrón.

El primer servicio que habilitaron fue el alumbrado público. Los barrios eran una boca de lobo. Oscurecía y se veía apenas unas lamparitas, algún sol de noche en carpas o en los pisos altos. Mi papá había hecho todo un artefacto para poder colgarse, había muchos haciendo eso para tener luz. Se había mojado toda la instalación eléctrica y tenía que secarse. El gas por las dudas también estaba clausurado. En esa época pasamos mucho tiempo mirando la tele, colgados del cable. Tenías que hacerte los servicios, no había otra opción. Recién al cuarto o quinto mes devolvieron la luz domiciliaria.

Algo lindo que me acuerdo de volver fue salir a buscar a los pibes, casa por casa. Eso fue mucha alegría. Nos juntamos todo el grupo. Un reencuentro muy hermoso.

Ver la calle fue realmente terrible. Se nos caía la boca al piso porque no podíamos entender que al barrio, en el que antes jugábamos al cuadrado, a la pelota, a la escondida o andábamos en bicicleta, de golpe era como si le hubiera pasado la guerra. Delante de cada puerta había una montaña increíblemente enorme de muebles, ropa, bolsas, plástico, electrodomésticos. Apenas pasaba un auto entre medio de las pilas. Recién como a los seis meses pasó la Municipalidad a juntar todo.

Hubo dos instituciones muy presentes ofreciendo ayuda, una fue la iglesia evangélica. Los evangelistas te ayudaban a limpiar, llegaban en una camioneta con mameluco, máscara, mochila. Pasaban en cuadrilla, casa por casa. Me acuerdo de que los vecinos querían pagarles y ellos les decían «no, lo hacemos de corazón». También se veía la colaboración entre los mismos vecinos. Era la gente ayudando a la gente.

La otra institución muy presente fue el Ejército que durante los mediodías se paraba en dos puntos. En uno entregaba comida, ponía las cocinas de campaña y daba raciones de guiso, alimento de calidad. Muchos amigos conocieron una olla popular en esa ocasión. En el otro punto, al lado del centro de salud, repartía las cajas de la provincia. Arroz, polenta, fideos, aceite, leche, yerba, azúcar. Más de una vez estaba todo con gorgojos, en pésimo estado.

El Estado nunca estuvo a la altura de la circunstancia y demoró muchísimo en mejorar la asistencia. Me acuerdo de mi mamá puteando porque necesitaba hacer un certificado para acceder a una bonificación por damnificación y no lograba conseguirlo. Era vital para arrancar el proceso de recibir subsidios, que incluso no alcanzaban más que para pintar las paredes. Si los recibías tenías que firmar que no ibas a hacerle juicio a la provincia. Lo empezaron a pagar en cuotas seis meses después. Ni siquiera ayudaba en la urgencia. Esos subsidios iban en función de los m² construidos y crearon un montón de asimetrías. Me acuerdo de escucharlos a mis viejos muy angustiados.

Recién en octubre se retomaron las actividades escolares en la San Cayetano. Había docentes y compañeros que no pudieron retomar enseguida, que demoraron un tiempo en volver. Ese año nos aprobaron a todos, pero yo quería entrar al Industrial al año siguiente y para

eso tenía que rendir un examen. Tuve que romperme la cabeza con un maestro particular para tratar de aprender lo que no había podido aprender debido a la inundación. Para muchos chicos fue aún peor. Las escuelas del oeste se habían inundado también.

La inundación fue un gran acto de injusticia. No fue un accidente, ni una catástrofe climática. Tiene nombre y apellido, responsables de decisiones que se tomaron años previos y en ese mismo momento, que generaron este resultado. Nadie se hizo cargo del daño, duele que los responsables hayan fallecido de manera impune. El gobernador de entonces, el que inauguró la obra, funcionarios que formaron parte del gabinete. Desde una visión política, demuestra a dónde está el poder y cómo ese poder se blinda a sí mismo para perpetuarse y salir ileso. Tras la crisis del 2001 y con la inundación del 2003, en Santa Fe se terminó de generar una sociedad muy conservadora que abandonó cualquier tipo de esperanza de que la política pueda representarla genuinamente y transformar la vida. Yo pienso que tendría que generarnos lo contrario, tendría que ser la cachetada, el golpe de consciencia que nos permite mayor involucramiento. Eso me generó a mí como niño, que en mi adolescencia y en mi juventud fui repensando este proceso y resignificándolo.

MARÍA EVA

•••

12 AÑOS

ALFONSO



Recién había empezado el secundario en la Juan Bautista Bustos, ese día tenía el uniforme de educación física puesto. El cielo estaba gris, llovía. Mi papá me fue a buscar a la escuela. Al mediodía mi vieja había hecho hamburguesas con puré y no quise comer porque estaba angustiada. Estaban casi todas las cosas levantadas, unas arriba de las otras. Alguien miró por la ventanita del portón y dijo que había llegado el agua, que estaba de vereda a vereda. Mi viejo agarró su auto y me llevó a lo de mis tíos, cerca de la Legislatura.

Más tarde me contaron las dificultades que tuvieron para salir de la casa. Mi abuela, que ya estaba vieja y enferma, no quería irse. La tuvieron que subir a una canoa porque el agua vino con mucha fuerza y subió muy rápido. Perdió el calzado en el camino.

En casa el agua llegó a los 2.60 m. Quedaron casi todas nuestras cosas bajo agua, excepto el auto, la computadora y la batería de mi hermano que estaba en el taller donde ensayaba. Salimos nosotros nomás. El agua disminuyó y se estancó a la altura de las rodillas unos nueve días. Cuando pusieron las bombas se pudo sacar.

Al principio pensé que mis viejos me habían abandonado. Estuve un día y medio sin saber de ellos que estaban en la casa de unos amigos. Después de unos días se mudaron a lo de mi otra tía y mis abuelos, que es donde estuvimos parando los seis meses siguientes. Cuando se pudieron acomodar me fueron a buscar.

De esos primeros momentos tengo algunos recuerdos desordenados. Recuerdo encontrarme con mi mejor amiga, que lloramos, que habían llevado a sus gatitos y a sus perros. Recuerdo no tener nada. Usaba zapatillas de mis primos. Tenía unas botas amarillas con las que andaba dando vueltas por el sur, era ridículo, me miraban raro. En esa zona no tenían ni idea de lo que estaba pasando en el resto de la ciudad. Después tengo muy presente el alboroto de la gente, los cortes de luz, la falta de velas y linternas. Ese cielo rojo muy de la inundación, típico de los atardeceres de mucha lluvia e inestabilidad, que es propio también del mes de abril en Santa Fe.

Tengo recuerdos concretos sobre ese periodo en que estábamos toda la familia reunida y amontonada. En la casa de mi abuelo paterno dormíamos mis viejos, mi abuela materna, mi hermano, mis primos, mi tía y yo. Compartía con mi tía una cama de dos plazas. La primera noche me sacudí mucho. Cuando me desperté me habían ido a comprar ropa. Me pude bañar, cambiarme. Pude tener mis primeras cosas. Un pantalón, dos remeras, dos bombachas. Estaba encantadísima.

Pasar el tiempo en otra casa fue una especie de aventura. A la hora de la comida nos congregábamos todos, salvo el perro, que estaba parando en una veterinaria. Estuvo seis meses ahí, pobrecito, nosotros le llevábamos de comer. Mis abuelos tenían una terraza muy linda, así que en pleno invierno, con el cielo bien azul, subía a comer mandarinas y me quedaba mucho tiempo al sol. Mi hermano tenía otra banda con mis primos, ensayaban juntos y eso también me entretenía. El tiempo transcurría de otra manera.

La escuela Bustos funcionó como centro de evacuados, mi hermano había ido a trabajar de voluntario. Cuando regresé a clases tuve que pedir las carpetas prestadas, en la mía la tinta estaba toda corrida. Todavía no tenía amigos, no conseguía que nadie me

las prestara, una compañera lo hizo sin muchas ganas. Algunas profesoras me han preguntado a dónde estaba viviendo en ese momento, si necesitaba algo o cómo fue. A mí me generaba mucho dolor. En la escuela se sabía quiénes eran los estudiantes que se habían inundado y la exposición volvía a revolver esa situación complicada. Me costó mucho adaptarme.

Para volver a hacer danza en el Centro Cultural Provincial también me habían tenido que prestar cancanes y malla. En esa época tuve dos cumpleaños de 15, recuerdo ir a comprar ropa de fiesta. Muy naif todo. Muy inocente. De alguna manera, sentía el peso de la mirada de los otros. Esta cosa de «vos te inundaste» y «el que se inundó es pobre» me afectaba. Se inundó la parte más pobre de Santa Fe, la parte olvidada, donde quedaba el barrio Alfonso en el que estaba mi casa. Tengo un vago recuerdo de esa incomodidad.

No sé con apenas 12 años cuánto te podés llegar a dar cuenta de todo lo que está pasando alrededor tuyo. La verdad es que yo viví el tiempo de la inundación con un total desconocimiento de muchas cosas. Cada integrante de la familia lo pasó de una manera diferente. En mi familia aparecía esto de armar algo alrededor mío, para que no estuviera pensando todo el tiempo en esa carencia.

El relato de mi vieja es otra cosa, por el sufrimiento, no solo por haber perdido todo, sino por estar en una casa ajena donde no tenía su espacio, por el escaso sustento económico que teníamos para comer todos. Íbamos a buscar los bolsones de alimentos que se entregaban en los centros de evacuados. Mis padres recibieron un subsidio del gobierno que no alcanzaba. Compraron una tele apenas. Los que nos amueblaron la casa, los que nos dieron sábanas, frazadas, colchones, la cama, los muebles, la heladera, la cocina y ese tipo de cosas fueron los compañeros del laburo de mi viejo.

A la casa no la vi sucia, con los muebles caídos, con las plantas podridas. El olor a inundación quedó en algunos rincones. Hubo que picar todas las paredes hasta el ladrillo y hacerle una serie de refacciones. Hubo que comprar sanitarios, grifería, todo de cero. Llevó mucho tiempo. Volví a casa en noviembre. Estaba remodelada

y pintada, tenía ventanas y muebles nuevos. Nosotros nos hemos podido acomodar dentro de todo y no la hemos pasado tan mal, somos privilegiados en ese sentido.

Durante la inundación y la remodelación nos robaron. Era tanta la necesidad que la gente se metía a las casas y sacaba lo que podía. Nadie tenía nada. Todos habíamos perdido absolutamente todo como para encima andar carancheando. Fue la miseria humana llevada al máximo extremo.

Tenía muchos juguetes, dos bolsas llenas de peluches. Lamenté haber perdido eso. Mis Barbies se recuperaron, cuando volví a la casa estaban bañaditas y con las ropitas lavadas. Lamento haber perdido la biblioteca. Esas pérdidas me marcaron un montón, ahora vivo con lo mínimo e indispensable. Quizás me quedé con cierto instinto de supervivencia, de tener lo menos posible por si llega a pasar algo.

Cada barrio fue como un submundo, pasaron cosas muy diferentes. Acá sigue habiendo problemas como las calles que están hechas pelota después de la inundación, sin embargo, tenemos luz, cloaca, asfalto. En cambio, ciertos barrios después de la inundación quedaron como cristalizados en una manera de vivir que no se recuperó nunca.

En el 2007 estuvimos al borde de volver a inundarnos. Levantamos todo. Vaciamos la casa. El agua llegó a la esquina nada más. A diferencia del 2003, tuvimos esa capacidad de reacción. Hay esa cosa impalpable que nos ha quedado a muchos que nos hemos inundado, cuando viene tormenta, cuando se corta la luz. Yo no duermo, me pongo muy nerviosa. Me quedó mucho miedo también al agua marrón con barro que impide saber qué hay en el fondo. Me genera mucha impresión ver el agua acumulada en el pasto, sentir que mis pies se hundan.

LEONEL

• • •

13 AÑOS

VILLA HIPÓDROMO



Mis viejos me mandaron a la escuela y al rato me fueron a buscar. Solo éramos cinco en el aula. A lo largo de ese día tuvimos que ir abandonando la casa y subir al altillo, un entrepiso de madera, donde mis papás guardaban la mercadería del almacén que tenían en el frente. Subimos los colchones a ese sector, hicimos toda una mudanza. Nos convertimos en una suerte de gitanos, todos amuchados en ese espacio. El agua llegó a 1.50 m.

Mis viejos se quedaron todo el tiempo que estuvo el agua viviendo ahí. Mi sobrino, que tenía unos 5 años, y yo, que tenía 13, nos mudamos a Guadalupe, a la casa de unas primas, que tenían más de 30. La única opción de refugio era esa, el resto de mis familiares vivían en Scaraffa y Los Ángeles, también se habían inundado. Pasé unos tres días en la casa inundada, conviviendo con el agua y después estuve conviviendo con mis primas y con mi abuela materna.

Como estaba con mi sobrino, me la pasaba cuidándolo y jugando con él. A mis amigos del barrio, a los que tenían teléfono, los

llamaba. Me sabía de memoria los números de algunos. Obviamente la primera semana estaba todo inundado, pero con el correr del tiempo ya me pude contactar. A mis compañeros de la escuela Industrial, recién los vi cuando volví a clases.

Estuve aisladísimo de todo lo que eran mis vínculos cotidianos y bastante desconectado de la situación de la inundación visualmente. Recuerdo que mi mamá me llamaba todos los días y me contaba que había bajado el agua un poco, que ya habían recuperado una heladera o cosas así. Esos comentarios eran sus partes diarios. Me ponía al día. En un momento en que ya se había ido el agua queríamos volver y ella me decía «aguantá que hay mucha humedad, se recomienda no volver a habitar la vivienda por tanto tiempo». Todavía había que seguir esperando para volver a la casa.

Tengo grabada la imagen de cuando volvimos. La mugre, todo eso que siempre está abajo de la zanja y uno nunca ve, todo ese barro radioactivo, estaba expuesto. Se desbordó y quedó a la vista en las calles de tierra. Muchos de mis amigos tuvieron leptospirosis. Eso es lo que más recuerdo, volver al barrio que estaba destruido, volver a una casa que tenía olor a humedad, que tenía todos los muebles húmedos y donde la mitad de las cosas ya no funcionaban.

Se produjo la suspensión de toda actividad como por un mes y pico. Mi escuela funcionó como centro de evacuados. Recuerdo llegar a casa y que todavía no tenía que ir a la escuela, todavía no podía jugar a la pelota. Estaba contento porque para mí era como volver a la normalidad y en verdad no lo era. Era más bien seguir en otra etapa de toda esa instancia de excepción. No había más nada que hacer que solamente contemplar la destrucción.

Los objetos personales los rescatamos todos, por tener la suerte de contar con ese altillo. Lo que sí perdimos fueron las cosas materiales del negocio, las heladeras, los roperos, lo que es grande y no podía moverse. Eso fue lo que más se estropeó. Un montón de muebles quedaron con esa huella material, de la humedad, de la hinchazón. En el barrio la mayoría subía cosas al techo. Un montón de gente perdió muchísimas más cosas que nosotros.

Villa Hipódromo es un barrio que históricamente se inunda. Me refiero a que unos 20 cm. en el interior de las casas era algo normal. Existía ya todo un procedimiento que teníamos incorporado, que funcionaba para cuando llovía mucho. Había que tapar rejillas, las heladeras tenían taquitos de madera. La casa estaba preparada para inundarse hasta cierto punto. Esto les pasa a todas las personas que viven en determinados barrios, que no tienen las obras necesarias para contener el agua, que tienen zanjas, que no están asfaltadas. Inundarse depende de si las zanjas están tapadas o no. Si vos con algún vecino las destapaste entonces no te inundás. Todo depende de uno mismo. En el 2003, nadie pensó que nos íbamos a inundar así, fue una excepción por la dimensión. En el 2007 de vuelta nos inundamos un montón.

Para mí la inundación es comparable a la pandemia en cierta medida, es algo externo a tu vida que te hace cambiar todos tus hábitos, de una manera drástica. Te separa de tus vínculos, te separa de la comunicación, te obliga a vivir una vida precaria en alguna medida. Si bien la pandemia parece que nivela, parece que todos estuviéramos afectados por la misma experiencia, obviamente no es así. Es lo mismo con la inundación. Todo depende de si tenés un entepiso, si tenés dos pisos, si tenés otra casa a la que te podés ir, si vivís en un lugar en el que no te inundás o si te podés ir de la ciudad. Si te ponés a pensar, según el tipo de bienes y de vivienda que tengas la inundación o la pandemia va a ser más o menos terrible individualmente. Es una experiencia externa que te acentúa la marginalidad y la precarización que tiene tu vida por el contexto en el que vivís y de lo cual a veces no te das cuenta.

Cuando yo era chico no sabía que era pobre, no sabía que vivía en una villa, no tenía ningún tipo de rasgo, era mi vida. La inundación me dio una consciencia mucho más grande de la diferencia social. No tuvo para mí una cosa traumática que sí vivió mucha gente que se quedó en su casa o que perdió absolutamente todo. Si bien mis viejos perdieron un montón de cosas, se pudieron recuperar, sobre todo en su trabajo, pudieron volver a hacer funcionar el negocio que

era nuestro sustento. Quedó una marca de precarización estética en la casa, como un afeamiento que hasta el día hoy no se pudo borrar. Es algo que subraya la precarización en la que vivís y la incapacidad económica de poder reformar tu hogar. Tanto te cuesta tenerlo más o menos lindo y esos fenómenos te hacen decir «ya está, dejémoslo así, por las dudas, no invirtamos».

Me acuerdo que hablábamos mucho con mis compañeros sobre este tema. Al llegar a la escuela entendías ese tipo de cosas. Para mí nos habíamos inundado todos. Entonces «¿vos te inundaste?», «no», «¿y dónde vivís?», «en el centro». Entonces yo pensaba «ah, ok, entonces el centro no se inunda». «¿Y vos a dónde vivís?», «en Pompeya», «¿y vos te inundaste?», «¡sí, me re inundé!». Así ibas armando el mapita mental de la inundación y ahí entendías que por algún motivo, salvo escasas excepciones, la gente que se inundó era la gente pobre. A mis 13 años no era algo evidente, es algo que terminé de descubrir a partir de esa vivencia. Te dabas cuenta de que la clase social no solamente está relacionada con el tipo de trabajo, sino también con el lugar donde vivís. Y según dónde vivías la experiencia que habías tenido de la inundación era totalmente distinta.

Si tuviera que describir la inundación con una sensación sería la de la angustia que te genera perder cosas y estar marginado. De chiquito siempre fui un niño muy metido en todo y no estar ahí con mis padres me daba impotencia, una especie de bronca al decir «yo quiero ayudar» y recibir como respuesta «no podés hacer nada». Ayudar en todo caso era ayudar a las personas a que no perdieran las cosas, que es lo que entendí en la inundación siguiente. No había mucho para hacer más que observar la destrucción.

SANTIAGO

• • •

13 AÑOS

PARQUE JUAN DE GARAY



Si hay un momento muy bisagra para mi vida es ese. Hacía poco había comenzado la escuela secundaria. Tenía muchas expectativas como estudiante y abril arrancó con una inundación que me separó de mi nueva escuela y de mis incipientes amistades.

Esa mañana escuchamos la radio mientras desayunábamos antes de salir. Ya el día anterior se comentaba el nivel del río.

Mi mamá era docente. Entró a una clase de música y me sacó antes. Volvimos cerca del

mediodía. En el barrio ya había movimiento. La gente salía a la puerta, miraba, preguntaba. En una esquina teníamos al Parque Garay y en la otra un terraplén por donde pasaba el tren. Del otro lado, había un barrio muy humilde, cercano al Salado. Tomamos esa subida como punto de referencia, dijimos «si pasa esto nos vamos a inundar».

Nuestra primera reacción fue tapar las alcantarillas, juntar arena para bloquear las aberturas. Ya estaba filtrando en los baños y en el lavadero. Pusimos un zócalo sobre una rejilla. Media hora después llegó mi viejo con el auto, era remisero. Nos pidió que empecemos a levantar las cosas. Subimos los televisores y otros objetos encima de los muebles más altos.

Mi vieja dijo «empecemos a llevar las cosas a lo de la abuela, así no se mojan». Arrancamos con lo más importante. Un televisor gigante, totalmente pesado, la computadora de escritorio, un par de cosas de la escuela y ropa. En una de las idas y vueltas salí a la calle a ver. Vi dos camiones de mudanza levantando todo. Ahí me cayó un poco más la ficha. Había muchos vecinos mirando desde el terraplén la situación del otro lado. La gente estaba exaltada. Algunos ya saliendo del barrio, yéndose. El ambiente estaba tenso.

Mi hermano cortó su laburo y se vino con el auto. A eso de las 3 de la tarde partimos hacia lo de mi abuela. Me quedé allá con mis hermanas, esperando. Ya había agua sobre el asfalto cuando nos fuimos.

Mi viejo estaba yendo y viniendo, recorriendo unas cincuenta cuadras. Mi mamá, siempre luchona, se quedó hasta lo último. A las dos horas le llegaba el agua a la cintura. A las 6 de la tarde, cerró la casa con 1 m. de agua adentro. Se encontró con un vecino que estaba arriba del techo y que le pidió abrigo. Le tiró un bolso. Apenas pudo atravesar el patio. Hizo esa caminata con el agua al pecho. Cuando llegó al frente se subió a una cabina de gas y de ahí al tapial. No siguió más porque no sabe nadar. Mi viejo estaba desesperado. Ya no podía entrar con el auto, la terminó buscando en canoa.

Cuando llegaron a lo de mi abuela, fue el momento más duro. Nos dijeron «perdimos todo», de entrada, sin vueltas, «se inundó y no sacamos nada». Esa noche mi viejo volvió a irse. Los días siguientes se quedó con otros vecinos en los techos para cuidar las casas.

Mi familia arrancó muy humilde. Mi viejo había pasado del banco al remís en la crisis. Nunca fuimos de tirar manteca al techo. No éramos ricos, pero estábamos bien. Justo habían hecho el esfuerzo de remodelar la casa. Poco después nos inundamos. A mis viejos les habrá dolido un montón. Siempre pensaron que iban a ser unos centímetros de agua, pero llegó hasta el techo. Creció ferozmente hasta estancarse a la medianoche.

Por suerte, teníamos a mi abuela que vivía sola. Nos instalamos con ella. Mínimamente nos pudimos acomodar. Había que buscar la forma de continuar la vida un poco, de levantarse para

cumplir con la responsabilidad de cada día. Era como que la marea te llevaba.

Recuerdo mucho ese período. La gente ayudándonos un montón. No tuvimos clases durante varias semanas, la Almirante estaba ayudando a las personas inundadas. Corté con el básquet, el club Rivadavia Juniors también se había inundado.

Recuerdo reunirme con mis cuatro mejores amigos del barrio, con los que había hecho la primaria en la Avellaneda. También estaban inundados. A los 13 ya estás un poco ducho con algunas cosas, empezás a darte cuenta. Cuando te pasa algo así es una cachetada de la realidad, bajás totalmente, por obligación. Nos visitábamos, jugábamos, hablábamos de quién se inundó, a quién le llegó, cuánto, hasta dónde.

Después de un tiempo, empecé a tener clases. Mis viejos tuvieron que volver a laburar. En ese momento hasta agradecés que hayan tenido laburo. Era la única forma de ir reordenando.

Se decía que alguien nos iba a ayudar desde el Estado, se rumoreaba sobre un subsidio. Era muy poco y fue a los meses. Mis padres recibieron ayuda de un familiar para pagarle a alguien que vaya a limpiar. Fueron unos tipos a pasarle con hidrolavadora a las paredes, a sacar la tierra.

Fuimos de los primeros en volver al barrio. Antes de ir, flasheábamos con lo que íbamos a encontrar. Se escuchaba que había tiros. Pensabas «en mi patio vamos a encontrar a alguien tirado». Cosas de pendejo. Por suerte no pasó, tampoco escuchamos que hayan entrado a robar en nuestra zona.

Tengo las peores imágenes del regreso. La primera vez volvió mi viejo con mi hermano y mi tío, cuando el agua estaba a 1 m. Abrieron la puerta que estaba curvada por efecto del agua. Ordenaron un par de cosas. A los días fui yo también. Quería saber cómo había quedado, quería ayudar.

Era barro por todos lados. El pasto totalmente quemado, como cuando vaciás una pelopincho. Los bordes destrozados, pozos. Dentro de la casa antes de irnos habíamos apilado todos los muebles,

después entró el agua que se movía, subía, bajaba. Y cuando entramos de nuevo estaba todo revuelto. Suciedad, mugre, agua estancada. Horrible. El olor no te lo olvidás nunca más. Me pasó después oler algo podrido y decir al toque «esto es inundación». El olfato activa la memoria.

El barrio era parecido a la guerra. Escombros en las veredas. La gente sacando todo podrido a la calle. Terminamos descartando y tirando mucho.

Cuando empezó a bajar el agua hubo que hacer limpieza. Obviamente, con guantes, desinfectante. Mis viejos manoteaban cosas, las llevaban a lo de mi abuela y con mis hermanos las lavábamos. Recuerdo estar en la terraza colgando fotos, que tenían un olor tremendo, para ver si se podían salvar. Eso dolía.

Tuvimos la fortuna de poder rescatar una casa, lo que para mí es un montón considerando que otras familias no pudieron hacerlo. Tuvimos que volver a pintar. Las puertas las cambiamos. Las marcas se notaron durante varios años. Se veía en la pared la altura en la que el agua estuvo estancada, una línea en todo, desde el patio hasta el portón.

Recuperamos muebles de algarrobo, les pasábamos un trapito y los metíamos en el sol la semana entera. De a poco se les empezó a ir el olor. Pero perdimos casi todo. Nunca fuimos de ostentar. Yo nunca fui de lo material. Capaz lo tengo de la inundación. El desarraigo quizás lo traigo de ahí.

Al básquet intenté volver, pero me fui al otro club. Probé un mes y no me gustó. A la escuela tuve que volver por obligación. Fue un garrón. Había empezado con mucha expectativa, pero después de la inundación sentí mucha vergüenza. Volví con zapatillas que no eran mías, con ropa y útiles donados. Miraba todo con otra onda. Como mi vieja era docente tenía respaldo de sus colegas, a mí me querían por ser su hijo, recién arrancaba, eso también me afectó.

La primera clase me volvieron a sacar del aula. Éramos tres caminando en los pasillos de una escuela muy grande. Fuimos a dirección y nos dieron útiles. Me acuerdo de una carpeta transparente amarilla.

La odiaba, no me gustaba, pero era lo que había, no tenía otras cosas. La usé un tiempo. Sé que fue con buena intención, un buen gesto, pero era como «vení vos que te inundaste, vení para acá que te voy a dar esto». Me di cuenta en ese momento que, dentro de los mil alumnos, tres éramos pobres. Tal vez esté desacreditando un poco lo que le pasó a otras personas. Hubo alumnos que retomaron tres semanas más tarde. Había gente que te enterabas que se había inundado pero no lo quería decir. Incluso los que tuvieron unos 50 cm. de agua. Yo había tenido 2 m.

No lo hablé mucho con mis compañeros. Tampoco recuerdo a ningún docente parando un poco la pelota, diciendo «charlemos sobre lo que pasó el mes pasado». Sí recuerdo determinados actos. Hubo un 29, quizás el primero, en que toda la escuela estaba en el patio. La directora habló, habían invitado al intendente. Yo ahí ya empecé a pirar, de entrada no quería saber nada. En ese momento, mi vieja ya estaba militando. Yo me prendí y aprendí un montón. La militancia de mi vieja me marcó para toda la vida.

No hubo notificación de nada. Los gobernantes estuvieron diciendo en la radio descaradamente «no van a tener problema» dos horas antes de que el barrio se inundara. Supimos después que no había ningún estudio bien realizado, nadie que venga llevando, poniendo, diciendo «avisemos a la gente». La voz que escuchábamos era la de los periodistas que estaban pinchando para ver qué iba a suceder. No era una voz oficial del gobierno, como cuando te avisan que cortan la calle o que va a haber un corte de luz en cierto horario. Eran los periodistas yendo a cuestionar a los gobernantes «están diciendo que hay un terraplén que no va a aguantar y el agua sigue creciendo» y ellos respondiendo «nosotros tenemos los estudios hechos y va a estar todo bien». Indignante.

El día de la inundación fue horrible, llovía y hacía frío. Al otro día no salió el sol, cuatro días después seguía lloviendo. Nosotros pensábamos «que salga el sol y seque». Es como pasa con los incendios de los humedales, rogás que llueva para que se apaguen. Nadie se responsabilizaba, asumía, actuaba. No hubo aviso ni planificación.

Fue un caos. Yo pude irme a lo de mi abuela, pero hay familias que fueron a dormir a plazas con carpas improvisadas, que comieron sopa durante quince días.

Cuando empezó lo de los subsidios mis viejos ya estaban fogueando. Habían ido a ver qué onda a la Casa de Gobierno, se habían empezado a juntar. Ahí nació la Marcha de las Antorchas. Me acuerdo de los cabecillas, todos los martes reunidos. Una experiencia similar, de esa envergadura, en mi vida no hay. Mis viejos saliendo todos los martes, gente viniendo todos los fines de semana a pintar y armar cruces a mi casa, para ponerlas en la plaza, para nombrar a los muertos. El hijo de una compañera de la Marcha se suicidó un mes después de la inundación. Vivencias muy singulares atravesadas por el dolor hay un montón.

Mi casa no volvió a inundarse. En el 2007 llegó el agua hasta el cordón. Pero volví a inundarme con la organización de la que formo parte, con Revuelta y el Bachillerato popular de la Vuelta del Paraguayo, cada vez que se inundan las familias del barrio. Con ellas volví a replicar las cosas que me pasaron. Metés una pata y a partir del momento en que hiciste relaciones afectivas con la gente del barrio te inundás vos. Diferencias hay un montón. La situación es otra, es visible que hay gobernantes decididos y conscientes de que no quieren tomar ninguna medida para impedir una inundación con acción humana.

Lo del 2003 para mí fue un quiebre, una cachetada de la realidad. Capaz que en ese momento me quería hacer el grande pero era muy guacho, estaba viviendo algo que no tenía que vivir y tenía que empezar a aprender roles que no tendría que haber ocupado, como cuidar a la gente. Cuando te pasa algo así empezás a vivir en otra clave. Ves tu vida de otra forma.

GEORGINA

• • •

13 AÑOS

ROMA



Cuando llegamos al mediodía a nuestra casa, después de la escuela, era la revolución. Mi mamá y mi papá corriendo cosas, armando bolsos. Se escuchaba en la radio que se venía el agua, pero a la vez se decía que en ciertas zonas no había que preocuparse. Uno no sabía si irse, si guardar o no.

Como no tenemos familiares en la ciudad, nos quedamos. Mi mamá tenía hasta la comida en el horno.

Me acuerdo de subir a la vía, que quedaba en la esquina y formaba una especie de barrera en el límite entre barrio Roma y Santa Rosa de Lima. Desde ahí mirábamos qué tan lejos estaba el agua. Del otro lado se estaba llenando, los vecinos se estaban yendo. No sabíamos qué hacer. Por las dudas empezamos a guardar cosas en bolsos. Tomamos la decisión de poner todo en la pieza de mis viejos y hacerle una parecita en la puerta. Mi papá hizo también un pequeño tapial en el ingreso, con ladrillos y cemento. En esa zona cuando llovía mucho se inundaba la calle y como no había cloaca empezaba a salir el agua por el baño, entonces también tapamos con bolsas de arena.

Mi mamá, que era manicura, tenía una cliente que nos prestó un depósito en el centro. Un vecino que estaba en la misma puso la camioneta. Cargamos cualquier cosa. Lo que veías metías, ni sabías

qué, era instantáneo. Mi viejo, mis hermanos y el vecino se fueron. Nos quedamos con mi hermana y mi mamá tratando de levantar el resto, arriba, de las mesas y las camas. Más que eso no se podía hacer.

De un momento a otro, empezó a subir el agua de nuestro lado de la vía, ya la teníamos en la vereda. En media hora subió todo. Nos empezamos a desesperar. Tratamos de bajar los decibeles. Habían cortado la luz, era un día nublado y gris, se puso muy oscuro, no se veía nada. Perdí un poco la noción del tiempo. Habrán sido las 3 de la tarde. En eso, vinieron mi papá y mis hermanos, habían dejado el auto a tres cuadras. Nos estábamos inundando. El agua llegó haciendo presión y tiró el tapial improvisado. Tuvimos que cerrar la puerta para que no siga entrando tanta agua. Además teníamos una puerta de pasillo que daba al patio y por ahí entrabas a la cocina. El agua ya empezaba a entrar de ese lado, había pegado toda la vuelta a la casa. Mi papá nos dijo «esto ya no da para más, váyanse, mamá y yo nos quedamos a ver qué hacemos». Salió primero mi hermano con la llave del auto, después mi otro hermano agarrando el perro y atrás mi hermana y yo juntas.

A esa altura el agua nos llegaba arriba de las caderas. Cruzamos la calle Lamadrid, que es bastante ancha, llena de agua haciendo presión. Era complicado. Había tanta corriente que no podíamos subir a la vereda. Nos quedamos paradas, sin saber cómo seguir adelante, no podíamos avanzar. No sé de dónde salió un señor con una bicicleta, que nos ayudó. Fuimos hasta donde estaban mis hermanos con el auto, al que le estaba entrando agua también. Esas tres cuadras se inundaron en cinco minutos. Crecía bastante rápido.

Mis viejos se habían quedado adentro de la casa, nosotros no sabíamos cómo estaban. Con mis hermanos nos fuimos a lo de amigos. Nos fuimos alejando de la zona que se estaba inundando. Ese día fue muy eterno y de golpe se hizo la noche. No se conseguían velas, estaba toda la ciudad oscura. En un momento apareció mi papá y nos dijo que salieron con el agua al techo. Esa noche nos quedamos todos desparramados.

La familia que nos hospedaba salió en lancha. Se armó un grupo para ayudar a la gente que se había quedado en los barrios inundados.

Hacía mucho frío, había mucha gente en los techos. Las personas no se querían ir porque tenían miedo de que les roben. Acercaron a algunos a escuelas que estaban habilitadas como centros de evacuados.

Los días siguientes, mis hermanos se quedaron de sus amigos y yo me fui con mis padres a la casa de una amiga de mi mamá. Estuvimos un tiempo separados. Todos los días decían algo distinto en la radio, no se sabía qué iba a pasar.

Nos acercamos a ayudar en las escuelas después. Me acuerdo de dar una mano, cuando todavía estaba el agua y había gente evacuada. Llegaban las ollas y había que repartir la comida. Fui a la Beleno, donde hice la primaria. Ahí encontré a mis amigos y supe que estaban bien, la mayoría se inundó. Me acuerdo de la desesperación de la gente buscando a su familia en las listas que había. Eso fue duro, bastante feo.

Nosotros tuvimos la suerte de que al final estábamos los seis bien, sabíamos a dónde estaba cada uno. Estuvimos dispersos tal vez una semana. Después mi papá consiguió una casa prestada y nos fuimos a vivir todos juntos. Recién volvimos de nuevo a nuestra casa pasadas las vacaciones de invierno, como en agosto.

Durante la inundación mi papá iba a verla. Un amigo de mi hermano tenía una canoa. Con eso se iba metiendo. Fueron unos diez días con el agua dentro de la casa. Diariamente íbamos a ver qué tanto bajaba y qué tanto podíamos avanzar. Cuando bajó del todo, fuimos a limpiar. Más que nada iba mi papá con mis hermanos. Mi mamá no tenía ganas de volver, no quería ver cómo había quedado. Yo me venía recuperando de una neumonía, no me dejaban ir mucho porque tenían miedo de que me enfermara de nuevo.

Las cosas que la gente tenía en su casa y no servían más estaban en la calle. Los vecinos estaban esperando que pasen a retirar esos residuos.

Nosotros tuvimos la casa bajo el agua durante unos diez días. Quedó bastante deteriorada. En las paredes habían quedado manchas de grasa, había un taller por ahí cerca. En el patio de tierra dejamos toda la comida que se pudrió, lo que estaba en la heladera lo descartamos como abono. Eso nos daba gracia con mis hermanos, todavía estaba

la comida en el horno. Mi papá armaba unos baldes grandes, tipo de gasolina, le ponía madera y prendía fuego para que se vayan secando las paredes. Obviamente quedó una humedad tremenda. Cada vez que íbamos prendíamos algo para ir secando la casa.

Al placard grande que estaba en la pieza de mis viejos lo fue corriendo el agua, terminó quedando abajo de todo. Arriba quedó la cama y sobre el colchón el freezer que habíamos puesto en la habitación, que nunca llegó a mojarse. Se ve que flotó. Lo salvamos. Las sillas y una mesa, que eran de algarrobo, se recuperaron. Algunos electrodomésticos también los fuimos arreglando. La cocina no. Mucha ropa no pudimos recuperar. Una prenda manchaba a la otra, todo estaba completamente sucio.

Tengo más recuerdos de las cosas que llevaban a donde nos hospedamos, para que las vayamos limpiando. Vasos, copas, platos, secadores de pelo, aspiradoras, ventiladores, el aparato para depilar. Mi mamá perdió todo lo de su trabajo. Lo que más lamento haber perdido son las fotos. Cuando las encontramos tratamos de limpiarlas, pero tenían olor a podrido. Al final se tiró todo.

Los familiares de mis viejos que viven en otras ciudades trataban de comunicarse para ayudarnos. No había acceso, no podían venir para traernos cosas porque no se podía entrar a Santa Fe. La casa que nos habían prestado estaba vacía. Había puestos de donación de ropa en las escuelas y pasaba la Gendarmería a dar colchones, frazadas, cajas de alimentos. Me acuerdo de hacer colas. No teníamos heladera, así que era todo no perecedero. Los parientes nos mandaron un celular de esos viejos, grandotes. Cada tanto nos llamaban para ver cómo estábamos y saber si necesitábamos algo más.

El centro siempre estaba lleno. Había movimiento constantemente. Las escuelas que brindaron apoyo estaban en esa zona, porque las del oeste estaban inundadas. Lo vi cuando volví al Liceo Municipal a hacer danza. Empezamos con nuestras actividades. Retomamos las clases. En mi familia seguíamos sin poder regresar a nuestra casa.

Yo empezaba de cero. Acababa de arrancar la secundaria en el Comercial, donde pocos estudiantes se habían inundado, dos o

tres hasta el techo. Una vez hicieron una actividad fea. Querían que contemos cómo lo vivimos o qué nos pasó, pero era todo muy reciente. Muchos contaron su experiencia de ir a ayudar, de donar cosas. Obviamente, los que tenían que contar que se habían inundado estaban mal. La mayoría de mis compañeros de la escuela y de danza lo vivieron desde otro lugar.

Ayuda financiera recibimos, no sé cuánto ni cuándo porque de eso se encargó mi papá. La usamos para pintar la casa. Sé que te hacían firmar que si aceptabas no podías después demandar al Estado. Hubo conflictos por eso.

En la inundación del 2007, tuvimos el agua en la vereda. No entró porque nuestra casa es alta, pero vecinos nuestros se inundaron otra vez. Esa calle se inundaba siempre que llovía, después hicieron un arreglo y mejoró.

La inundación del 2003 fue un antes y un después. Da angustia y bronca, porque nunca nos dijeron «prepárense, estén atentos», sino lo contrario. Se perdieron vidas. Se podría haber evitado. Mis viejos no quedaron muy bien, ante todo el esfuerzo de sus años de trabajo perdido. Fue un tema remontar ese choque. Fue una situación que se vivió por muchos años. Mi papá volvió a dar clases al Industrial, pero mi mamá se quedó sin trabajo. Yo justo estaba arrancando la adolescencia, entonces para mí fue una experiencia que viví y traté de superar.

Con mis hermanos hablamos a veces de lo que pudimos agarrar. Si alguna vez salta el tema nos hacemos jodas. Mi hermano más grande lo primero que buscó fueron sus ahorros, la verdad es que fue práctico pero también es gracioso, a nadie se le ocurrió agarrar plata. A mi otro hermano lo primero que se le ocurrió fue el perro. No lo íbamos a dejar, pero sin pensar lo agarró y salió corriendo. Es la típica pregunta en que te dicen «tenés cinco minutos para irte de tu casa, ¿qué agarrás?». Y fue eso, digamos, lo viviste en ese momento, lo que agarraste o no.

LUIS EMILIANO

•••

13 AÑOS

CHALET



Había como un rumor de algo grande que se venía. Tengo algunos recuerdos de cuando llegué al barrio, después de la escuela. Si bien Chalet se inundaba muy rápido con lluvias fuertes, hasta ese entonces mi casa no se había inundado nunca. Hay unos tres escalones para entrar a la planta baja, donde vivía mi abuela. Arriba vivíamos mis padres, mis hermanas y yo. Ese día muchos vecinos llevaron muebles y terminamos todos en casa. Éramos un montón. Vecinos, mascotas, todos amontonados. Nunca creímos que iba a ar ese metro de los escalones, pero una vez que el nivel de agua aumentó tratamos de subir todo lo más arriba posible, sobre las sillas y la mesa. El agua subió tanto que, muy apurados, subimos a la planta alta. Fue rapidísimo realmente.

Nos estábamos preparando para que el agua venga por la calle, por las zanjas y la vereda. Pero empezó primero a salir por las rejillas. Las napas estaban saturadas. Y no hubo tiempo de hacer nada. Pasó de ser un poquito de agua a estar un escalón abajo de la planta alta.

Realmente estábamos todos apretados en ese segundo piso. Viendo qué hacíamos. Desde ahí veíamos las calles. Era todo agua,

apenas se veían algunos tanques de los techos. La casa de al lado también tenía dos pisos. La familia de mis vecinos, sus cosas y mascotas quedaron separadas, una parte con nosotros y otra al lado. Durante la noche nos gritábamos de un patiecito a la terraza.

Antes de que llegue el agua al tope, habíamos dejado arriba del asador del patio las tres loras de mi abuela. Ella las adoraba. El agua no nos dio tiempo ni para subir las mascotas. Dos se ahogaron y una se escapó volando. Los animales estaban todos muy alterados, desde antes, asustados o yéndose. Ya lo percibían.

Empezó a haber evacuaciones de gente cuando ya estaba todo desbordado. No hubo evacuación previa, la gente estaba en sus viviendas. El intendente, horas antes, había nombrado por la radio todos los barrios que no se iban a inundar. Finalmente se inundaron. Fue una catástrofe.

Los vecinos de otros barrios llegaban con botecitos. Evacuaban a los que estaban en los techos. La mayoría de las casas tenían un solo piso. Nosotros al menos teníamos la planta alta. Tengo la sensación de que estuvimos mucho tiempo amontonados. Fue una noche muy larga. Estábamos a oscuras, con alguna vela. Nos terminamos yendo a la madrugada. Salimos por la única ventana que no tenía rejas. Nos llevaron hasta la ruta más próxima y de ahí a un centro de refugiados. De evacuados, se decía. Había un montón de gente. Era un club. Enseguida vinieron los padres de mi ex cuñado y nos fuimos a su casa en Santo Tomé.

Mi abuela falleció a los tres días de la inundación porque no tenía más los medicamentos. Tomaba varios remedios para la presión y cosas por el estilo. Estábamos en la casa de la familia que nos hospedaba, se fue a bañar y tuvo una descompensación, llamamos a la ambulancia y falleció en ese contexto, sin embargo, no la cuentan como víctima de la inundación. Las muertes oficiales son veintialgo, pero fue muchísima más gente, como es el caso de mi abuela.

Me acuerdo de verla salir por la ventana. Ella vio su casa tapada por el agua, como le pasó a tantos vecinos. Fue muy triste. Lo que más me duele es que murió a los tres días, obviamente por eso.

Fui a la casa donde estaban los vecinos evacuados, también en Santo Tomé. Mis padres me dejaron ahí. Yo era alguien chico a quien tenían que cuidar. No me acuerdo cómo fue lo de mi abuela, seguramente habrán tenido que hacer trámites y no la habrán podido velar. Mis vecinos también estaban mal. Una de las vecinas era una señora muy amiga suya, siempre tomaban algo juntas en la vereda. Así que estábamos todos afectados por la inundación, pero también por la muerte de mi abuela. Cuando estaba ahí me sirvieron un mate cocido, me lo pusieron en frente y no pude tomar nada. No alcancé a dar un sorbo y lo tuve que dejar. Me acuerdo de ese detalle.

Al principio no se podía ir de Santo Tomé a Santa Fe, no estaba habilitado el paso por la autopista. Cuando se abrió nos mudamos al centro. A mi papá le prestaron un monoambiente, muy chiquito, por unos días, hasta que pudo alquilar un departamento con dos habitaciones. Ahí estuvimos seis meses.

El agua en el barrio duró mucho, alrededor de una semana. Cinco días con agua zarpada. Cuando finalmente bajó el problema era que había que limpiar todo. A mí no me llevaron a limpiar porque era el más chico y estaba sobreprotegido. Mis hermanas, en cambio, ayudaban más, estaban más activas. En ese momento yo no era muy consciente de la situación, pero sí me ponía mal ver a mi familia medio decaída.

Mis papás se iban a la mañana a limpiar la casa de mi abuela y volvían al atardecer. Me acuerdo del olor y del barro que traían a cuesta, de ellos sacándose la ropa. Decían que estaba muy sucio. Yo tardé en ir a ver. Las marcas quedaron. El agua estuvo en muchos niveles, donde más tiempo estuvo estancada quedó una marca.

Era toda una casa llena de recuerdos de mi abuela, de cosas con mucho valor sentimental. Todo eso se perdió. Me acuerdo de estar en el patio, de limpiar fotos y billetes de colección.

Para sobreponerse una de las cosas principales fue el sentido del humor, ayudó a llevarlo de buena manera, incluso aunque todos estaban muy mal. Queda la anécdota de cuando un vecino nos estaba

ayudando a llevar un mueble al departamento donde paramos de manera circunstancial. Tenía una camioneta, se dedicaba a alquilar utensilios para fiestas. Cuando llegó al edificio, una señora concheta, grande de edad, se paró medio sorprendida, preocupada con que se le llenara el edificio de gente con barro. Mi vecino le dijo algo como «usted no se preocupe señora que yo recién salgo de la cárcel». Era mentira, una joda inesperada. Nos matamos de risa. El hecho de poder hacer chistes de ese tipo o cargar a alguien por haberle ganado un partido de cartas hacía todo más leve.

En algún momento volvieron las clases. Había muchos alumnos de la Padre Monti afectados. Éramos chicos, la mayoría de los compañeros que no estaban inundados ni se enteraban, no estaban muy preocupados. En cambio, cuando volví a entrenar al club de básquet, al Quillá, al entrar todos mis compañeros me aplaudieron, me estaban esperando, sabían de mi situación. Fui el último en volver. Tampoco supe reaccionar. La escuela de inglés no paró, siguieron dando clases y yo no pude ir. Fue muy raro eso. Si bien hubo mucha solidaridad, hay gente que parece que no se enteró.

En los medios mostraban la imagen satelital, donde se veía que faltaba terminar una parte de la obra de la defensa, el lugar por donde entró el agua. Desde el gobierno empezaron a actuar más cuando el agua estaba por llegar a lugares céntricos. No puedo llegar ni a sospechar qué interés habrá movido a decir «no evacuemos» o qué tanto uno puede quedarse sin hacer nada, dejando que ocurra algo así, sabiendo que puede ocurrir. La obra no estaba terminada.

Además de nosotros, muchos parientes se inundaron. Algunos ya no volvieron al barrio. Arreglaron sus casas, las alquilaron y no regresaron.

Al acto que se hizo en la plaza al primer año de la inundación fue mucha gente, algunos querían entrar a Tribunales. Había un policía que conocíamos del barrio, que se había inundado y que estaba ahí teniendo que contener a las personas.

En el 2007 no se inundó mi casa, pero sí el barrio. A mis vecinos les entró agua. En esa ocasión la broma era que ya estábamos re

preparados. Jodíamos con eso, decíamos que para la próxima ya la teníamos re clara. En esa inundación yo ya era más grande y pude ayudar más. Íbamos con piragua hasta la entrada del barrio, alguien hacía torta fritas o panes y nosotros los repartíamos. Estuve cargando muebles, llevando cosas por los techos, ayudando a sacar agua con baldes, poniendo bolsas de arena.

Lo de las inundaciones es muy fuerte. A veces sale el tema y me pone mal, hasta lo hablé con una psicóloga. Es una historia que da impotencia y que va quedando en la memoria. No es algo que tenga muy presente todos los días, pero cada vez que lo pienso me da bronca. Lo de mi abuela fue muy injusto.



ÍNDICE

3 LOSRELATOS. PRÓLOGO

• • •

8 **TESTIMONIOS**

9 VICTORIA. 4 AÑOS, SANTA ROSA

12 JULIETA. 5 AÑOS, LAS LOMAS

15 AMIRA. 7 AÑOS, SAN LORENZO, ESCUELA
MARIANO QUIROGA

20 JOEL. 9 AÑOS, BARRANQUITAS OESTE,
ESCUELA FÁTIMA

24 DANIELA. 9 AÑOS, CHALET, ESCUELA
SAN CAYETANO

29 JOANA. 9 AÑOS, CHALET, ESCUELA
JUAN JOSÉ PASO

34 CIELO. 9 AÑOS, ARENALES, ESCUELA
BELGRANO

38 NICOLÁS. 10 AÑOS, SAN AGUSTÍN, ESCUELA
LUIS RAVERA

42 MARIÁNGELES. 10 AÑOS, BARRANQUITAS,
ESCUELA ALMIRANTE BROWN

- 47 FLORENCIA. 10 AÑOS, BARRANQUITAS
OESTE, ESCUELA VISIÓN DE FUTURO
- 51 JENARO. 10 AÑOS, ROMA, ESCUELA IPEI
- 55 ALDANA. 11 AÑOS, ROMA, ESCUELA SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS
- 59 LAURA. 11 AÑOS, ROMA, ESCUELA BELENO
- 62 KAREN. 12 AÑOS, SANTA ROSA DE LIMA,
ESCUELA LÓPEZ Y PLANES
- 66 FRANCISCO. 12 AÑOS, CENTENARIO,
ESCUELA SAN CAYETANO
- 72 MARÍA EVA. 12 AÑOS, ALFONSO, ESCUELA
BUSTOS
- 76 LEONEL. 13 AÑOS, VILLA HIPÓDROMO,
ESCUELA INDUSTRIAL
- 80 SANTIAGO. 13 AÑOS, PARQUE JUAN DE
GARAY, ESCUELA ALMIRANTE BROWN
- 86 GEORGINA. 13 AÑOS, ROMA, ESCUELA
COMERCIAL
- 91 LUIS EMILIANO. 13 AÑOS, CHALET, ESCUELA
PADRE MONTI

• • •

EMILIA SPAHN

Santa Fe, 1989, 13 años durante la inundación. Es Profesora de Letras y Magíster en Estudios de Literatura por la UFScar. Es colaboradora del Periódico Pausa. Su libro ilustrado *Libertad es poco* fue publicado en la colección Memoria e infancia de la Editorial Universitaria, UPC. Trabaja en traducción y enseñanza de español para extranjeros en Brasil, país en que reside.

• • •

LARISA CUMIN

Santa Fe, 1989. 14 años durante la inundación. Es Profesora de Letras y Magíster en Escritura Creativa. Publicó la novela *El magún*, *La calle del Eros*, un perfil sobre el poeta Fernando Calle-ro. Y los libros de poesía *La gran avenida* y *La escapista*. Dicta talleres y clínicas de escritura, es narradora oral. Vive en Mar del Plata. Codirige la editorial de poesía y ensayo Moscú.

COLECCIÓN **QUILOAZAS**

dirigida por Larisa Cumin

A orillas del Quiloazas se fundó por primera vez la ciudad de Santa Fe. El rollo vino a quitarle al pueblo y al río más que el nombre. La palabra como acto hace revivir, porque de ella —como del río— se tira y se saca otro modo de nombrar, fundar y habitar.

V

VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Cumin, Larisa

La inundación de Santa Fe en 2003 : 20 relatos, 20 años después : testimonios de niñas y niños / Larisa Cumin ; Emilia Spahn ; compilación de Larisa Cumin ; Emilia Spahn ; editado por Larisa Cumin ; Emilia Spahn. - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2023. Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera. Quiloazas ; Analía Gerbaudo) Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-355-2

1. Memoria Oral. 2. Memoria Social. 3. Historia Argentina. I. Cumin, Larisa, comp. II. Spahn, Emilia, comp. III. Cumin, Larisa, ed. IV. Spahn, Emilia, ed. V. Título.

CDD 982

© de la edición y compilación: Larisa Cumin y Emilia Spahn, 2023.

© de la editorial: Vera cartonera, 2023.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional